

BOLETIN OFICIAL

DEL

OBISPADO DE MALAGA

SECCION OFICIAL

DOCUMENTOS EPISCOPALES

CARTA PASTORAL

SOBRE LA SANTA MISA

Nós el Dr. D. Balbino Santos y Olivera

POR LA GRACIA DE DIOS

Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA

OBISPO DE MALAGA

Al Excmo. Sr. Deán y Cabildo de Nuestra Santa Iglesia Catedral, al Venerable Clero Diocesano y Comunidades Religiosas de ambos sexos, a Nuestro Seminario Conciliar, y a los fieles todos de Nuestra amada Diócesis.

Salud, paz y gracia en Jesucristo Señor Nuestro

*In omni loco sacrificatur et offertur
nomini meo oblatio munda.*

En todo lugar se sacrifica y ofrece
a mi nombre una oblación pura.

(Mal. 1,11)

VENERABLES HERMANOS E HIJOS AMADISIMOS:

Razón del tema

Próximos ya al santo tiempo de Cuaresma, en que los Pastores de almas tenemos más particularmente el deber de proporcionar directa o indirectamente a los fieles cristianos el alimento espiritual de la divina doctrina, que ilumina el entendimiento y fortifica la voluntad por los caminos siempre difíciles de la vida; Nos disponíamos a preparar y escribir Nuestra acostumbrada Carta Pastoral.

Pero esta vez no hubimos de vacilar un punto en la elección del tema que habíamos de desarrollar y exponer a vuestra consideración. Nos lo ha fijado y recomendado la Suprema Autoridad de la Iglesia, desde el momento en que, por conducto de la Sagrada Congregación del Concilio, con fecha 14 del pasado mes de Julio, y por expreso y augusto mandato de Su Santidad el Papa, promulgó una luminosa INSTRUCCION en que se nos ordena a todos los Obispos del orbe católico que—personalmente y por medio de nuestros cooperadores encargados de la cura de almas—instruyamos y exhortemos al pueblo cristiano acerca de la naturaleza y excelencia, fines y frutos del santo Sacrificio de la Misa, para que todos los fieles se muevan a asistir a ella con más frecuencia y con mayor devoción y fervor.

Por otra parte, ninguna época más a propósito que la Cuaresma para hablaros del gran misterio de nuestra Reli-

gión. Todo este tiempo sagrado es como una preparación del augusto Sacrificio; de tal suerte que la Iglesia, en la Oración secreta de la Misa del Miércoles de Ceniza, al poner el pie en los umbrales mismos de la santa Cuaresma, pone en labios del sacerdote unas palabras en que dice que con aquellos sagrados dones—que acaba de presentar sobre el altar—celebramos el exordio, la inauguración del venerable Sacramento.

Más aún, podemos muy bien decir que no sólo la Cuaresma, sino todo el año litúrgico, todos los Sacramentos de la Iglesia, todos los ritos y ceremonias sagrados, todos los mandamientos y preceptos, toda la vida cristiana, se ordena y encamina al santo Sacrificio de la Misa, la cual es la cima de toda aquella ascensión espiritual que vino a enseñarnos el Verbo eterno, cuando se hizo hombre para levantar a los hijos de Adán de la miseria y corrupción del pecado hasta las sublimidades divinas de la gracia, por las cuales hemos de obtener la gloria.

Necesidad de conocer la Misa

Mas, si lo dicho no fuera ya harto suficiente para obligarnos a elegir preferentemente como tema de Nuestra enseñanza tan regalado asunto, agrégase la lamentable ignorancia reinante, aun entre católicos prácticos, que no siempre tienen idea clara de lo que se realiza en estos santos misterios, ni de los ritos con que se celebran, ni de la parte que en ellos les cabe a los fieles; siendo así que, por varios motivos, están obligados a conocerlo.

Lo primero, porque se trata del acto central de todo el culto católico; no solamente por estar en centro de honor, sino como *centro dinámico* del cual reciben su posición y orden de movimiento todos los otros actos del sagrado culto.

Además, por tratarse de un acto gravemente preceptuado en los domingos y días de fiesta. Cuando la Iglesia

impone ésta obligación, lo que exige de los fieles es la prestación de un acto reflexivo, consciente, «humano». Si nos lleva obligatoriamente ante el altar, no es para que estemos allí como están las columnas del templo, o los bancos y las sillas, sino para que asistamos como hombres», es decir, racionalmente, y como «cristianos», es decir, espiritualmente, contemplando y entendiendo lo que ante nosotros se realiza, uniéndonos a ello en espíritu y con rendida voluntad.

Hay en fin otro motivo, acaso el más perentorio, para interesarnos en el conocimiento de la Misa: y es que todo acto litúrgico—pero más señaladamente que ninguno, la Santa Misa—es un acto *social*, al que asistimos todos, sacerdotes y fieles, no como individuos aislados, o unidos por simple adhesión externa, sino como miembros de un mismo cuerpo y células informadas de vida por un mismo espíritu; con lo que la sola presencia adquiere un sentido de cooperación y activa participación que hace «nuestra» la acción que se realiza en el altar. En otros términos: debemos «oir» Misa, «asistir» a Misa, no como espectadores, sino como *actores*, pues tenemos una función que cumplir; y esa función viva consiste en participar, en colaborar con el celebrante en la realización del tremendo misterio.



Distintos aspectos de la Eucaristía

Ante todo hemos de recordar, según nos lo recomienda y enseña el Catecismo Romano de San Pío V, que «Jesucristo Señor nuestro instituyó la Eucaristía por dos causas: una, para que fuese sustento celestial de nuestras almas, con el cual pudiésemos conservar y mantener la vida espiritual; otra, para que tuviese la Iglesia un perpetuo sacrificio, mediante el cual se perdonasen nuestros pecados, y el Eterno Padre, gravemente ofendido repetidas veces por nuestras maldades, quedase aplacado y cambiase la ira en misericordia, y la justa severidad en clemencia» (1).

O sea, en términos rigurosamente teológicos, la Sagrada Eucaristía puede ser considerada de tres maneras: como *Misterio* donde se encierran las grandes maravillas que la fe nos enseña, la presencia real, verdadera y sustancial de Jesucristo Dios y Hombre; como *Sacramento* del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, para alimento espiritual de nuestras almas; y como *Sacrificio* en que se ofrece e inmola Jesucristo en calidad de víctima. Misterio, Sacramento y Sacrificio contienen sustancialmente la misma realidad, pero revisten formalidades distintas y peculiares, que no en todos ellos se verifican. El Misterio subsiste y permanece siempre, mientras está Jesús presente bajo las especies de pan o de vino; también entonces se salva siempre la razón de Sacramento, y no solamente en su uso o aplicación al que lo recibe, pero en cuanto que contiene y produce la

(1) *Cat. Rom.*, Parte II, cap. IV, 70.

gracia santificante y se ordena directamente a la santificación de las almas; para que sea Sacrificio, es necesario que se ofrezca por el sacerdote y que además esté místicamente separado el Cuerpo de la Sangre, en estado visible de inmolación.

Como Misterio, es un dogma de nuestra fe, que hemos de creer. Como Sacramento que hemos de recibir, es un signo práctico de santificación y de gracia, dice relación al hombre que ha de ser santificado con su recepción, y su eficacia pertenece al género de causa eficiente instrumental: es instrumento que produce y confiere la gracia. Como Sacrificio, es signo de adoración y de culto, refiérese como a su propio término a Dios infinitamente adorable, y su eficacia—por tanto—no puede ser producir nada en Dios, sino influir en El a modo de súplica u oración. El Misterio es una *verdad inefable* revelada por Dios, y una dignación y condescendencia infinita de la Divinidad, que no se desdén de habitar y conversar con los hombres; el Sacramento es un *don de Dios*—el más excelente e inestimable de sus dones—, que desciende del cielo; el Sacrificio es un *obsequio a Dios*—el más digno y cumplido que se le puede ofrecer—, que sube hasta El desde las profundidades de nuestra miseria; por lo que el sacerdote, al ofrecer el Cáliz en la Misa, dice textualmente estas palabras: «Ofrecémoste, Señor, el cáliz de salud, implorando tu divina clemencia, para que como suave y fragante aroma ascienda hasta el acatamiento de tu divina Majestad».

Sentido litúrgico de la Misa

La Misa, en su aspecto litúrgico, es una serie de oraciones, ceremonias y acciones litúrgicas llenas de majestad, reverencia y misterio, que se suceden una tras otra cautivando el alma y el corazón.

Muchos no se dan cuenta del porqué de las ceremonias de la Misa, y reconocemos que es preciso un estudio

no fácil para descubrirlo. Pero hay que evitar en esto, como en todo, dos extremos viciosos: el pensar que esas ceremonias son expresiones vacías de razón y de sentido; o pretender, por el contrario, un simbolismo exagerado y ridículo, recurriendo—a veces con la mejor y más piadosa intención—a interpretaciones arbitrarias, engendro del desconocimiento de la realidad.

Y no es que se niegue la legitimidad de un orden de explicaciones místicas, que el mismo Concilio de Trento autorizó en la medida en que pudiera ayudar la piedad de los fieles. Pero siempre con el cuidado vigilante de ofrecer en primer lugar el sentido histórico y natural de los ritos; y siempre, además, sin llegar a deformar ante la conciencia de los fieles el contenido propio de la acción que se interpreta simbólicamente.

La Misa es una acción compleja, de sentido propio y actual en todas sus partes, ordenadas las unas a la preparación, y las otras a la realización de un sacrificio incruento, cuya víctima es la misma Hostia del sacrificio sangriento de la Cruz. En esto está todo el contenido *esencial* de la Misa, en la realización de un sacrificio: ¡el Sacrificio del Cristianismo!

Ahondemos, pues, un poco, porque es de capitalísima importancia, en el conocimiento de ese augusto e inefable sacrificio.

Genuina noción del sacrificio en general

La palabra *sacrificio* forma parte del lenguaje humano, la usan todas las lenguas, y encierra la idea de un acto noble, excelso, sagrado, dignificador, que levanta la categoría moral del que lo ejecuta. Compuesta de estas dos latinas *sacrum facio*, significa etimológicamente hacer algo *sagrado*; y sagrado es lo que se dedica a Dios, o se ofrece en su honor. En ese genérico sentido puede decirse sacrificio cualquiera cosa u obra buena que hacemos para honra y gloria de Dios; y sacrificio se llama a veces en las Escri-

turas santas la oración, la adoración, la compunción del corazón, etc.

Mas, como la base o fundamento de los actos con que honramos a Dios, o le damos culto, es la *adoración*, esto es «el reconocimiento y confesión de su supremo dominio sobre todas las cosas, y de nuestra total y completa subordinación y dependencia», entre todos los actos de culto divino recibirá el nombre y será propiamente sacrificio aquel que expresa con más exactitud y viveza ese nuestro reconocimiento de la soberanía absoluta de Dios sobre todo lo existente, y en particular sobre la vida y la muerte, porque la vida es el mayor bien del orden natural. El modo más expresivo y elocuente de atestiguar que Dios es el Dueño y Señor de todas las cosas será, por consiguiente, consagrarlas enteramente a El, o consumirlas en su obsequio; o, siendo vivientes, dar por El o en honor suyo la vida. Luego la oblación externa de una cosa sensible, hecha a Dios para dar testimonio de que reconocemos su soberano dominio sobre todo, y particularmente sobre la vida y la muerte», es el sacrificio propiamente dicho.

El acto propio del sacrificio no consiste precisamente en la destrucción de la cosa ofrecida, sino en el ofrendar a Dios esa cosa. La destrucción es el recurso por el cual lo ofrendado queda apartado definitivamente de los usos ordinarios, al ser entregado a Dios.

Si el hombre fuese dueño de la vida que ha recibido de Dios, no necesitaría hostia distinta de su misma vida, que ofrecerle. El mismo sería sacrificador y ofrenda, y entregando a Dios la propia vida, le rendiría el supremo homenaje de adoración o latria.

Pero Dios no quiere la vida corporal del hombre. Una sola vez pidió a un patriarca, para probar su fe, la vida de su hijo; y contentóse con la voluntad y con las primicias o primeros movimientos de la acción del padre. Ni puede el hombre inferirse a sí mismo la muerte, porque

no recibió de Dios la vida en dominio, sino en mero usufructo. Por eso los sacrificios humanos son una monstruosidad moral; pero son una demostración histórica de la exigencia vital de ofrecerse el hombre, en alguna forma, a su Hacedor. Y en la imposibilidad de inmolarse a sí mismo, el hombre ofrece a Dios en sacrificio cosas o animales, que son víctimas *vicarias* o sustitutivas de su persona.

El sacrificio, esencialmente latréutico

El fin primario y esencial de todo sacrificio es el de adoración o latría y servidumbre a la Divinidad; lo cual es connatural al hombre, que nace ligado a Dios con lazos de dependencia como de su causa primera, y de subordinación como a su último fin. Por eso es también de derecho natural el ofrecer sacrificios a Dios, y siempre se consideró como esencial constitutivo de todo culto; y todos los pueblos, por más descarriados que estuviesen, en todas sus religiones, por mucho que las hayan deformado y desviado de su primera institución, siempre han tenido como acto esencial y principal el sacrificio, ordenado a adorar profundamente a la Divinidad y, consiguientemente, a darle gracias por sus beneficios, a suplicarle nuevos favores.

Siempre se reputó, además, el sacrificio como el más distinguido de todos los actos religiosos, y esencialmente diferente de ellos; ya que es privativo de Dios e incommunicable a cualquiera de sus criaturas, por expresar y significar de suyo no una excelencia cualquiera, sino infinita, y un dominio supremo, universal y absoluto con todos los derechos a él inherentes. Es lo mismo que vemos—enseña el Doctor Angélico—en toda sociedad bien ordenada: al Rector o Jefe supremo todos los ciudadanos le reservan y tributan singulares honores, y el rendir esos mismos a cualquiera otro, constituiría un delito de lesa Majestad (1). Y

(1) Summa Theol., 2-2, q. 85, a. 2.

S. Agustín decía ya a este propósito: «No dedicamos a los mártires los templos, el sacerdocio, los sacrificios; porque no ellos sino su Dios y Señor es nuestro Dios. Por lo que el sacerdote no dice: ofrézcode este sacrificio a tí, Pedro o Pablo, sino a Dios, para darle gracias por las victorias de sus santos y obtener nosotros su imitación y su patrocinio» (1).

Así, pues, como no ha habido civilización sin religión, ni religión sin sacerdote, tampoco se concibe sacerdocio ni culto perfecto a Dios sin verdadero sacrificio; y toda religión, cualquiera que ella sea y en cualquier estado que se encuentre, no puede menos de tener su sacrificio *propio, característico y esencial*, como lo tuvo la religión patriarcal, y la mosaica, y lo tiene la Cristiana, y aun lo tuvieron las mismas religiones falsas que corrompieron la verdad primitiva con humanas invenciones.

Carácter propiciatorio

Rota por el pecado primero la comunicación sobrenatural de los hombres con su Creador, ya no se presentará el hombre ante los altares de Dios sólo para adorarle, agradecerle y pedirle sus dones; le punzará el remordimiento de la ofensa que ha inferido a Dios, y sentirá profundas ansias de reconciliarse con El, de reanudar las relaciones íntimas y armónicas con su Hacedor. De ahí que, en su manifestación histórica, es tan antigua la expiación como la adoración, e igual extensión y universalidad tienen ambas notas o propiedades del sacrificio, si bien esta segunda no pertenece a la esencia y razón formal del mismo, como la primera. Pero siempre, en su realidad histórica, ha presentado el sacrificio la marca de sangre, y la humanidad tuvo conciencia de aquel gran principio o postulado

(1) Civit. Dei, l. 8, cap. ult.

que establece el Apóstol: «No hay remisión de pecados sin efusión de sangre» (1).

En la religión de Israel el sacerdote, en representación de todo el pueblo, cuando celebraba el sacrificio, extendía sobre la víctima su mano, como si quisiese cargar sobre ella las responsabilidades de sus pecados y de los del pueblo. Y luego del sacrificio, rociaba con sangre a los que asistían, como si desease que ante la majestad de Dios apareciesen los pecadores sacrificados como aquella víctima cuya sangre se derramaba, y que por aquellas vidas que sacrificaban a la divina Justicia se diese por aplacada la divina Misericordia, ni más ni menos que si nosotros, los reos, hubiésemos sido los sacrificados.

El Sacrificio de la Cruz

Por ese camino jamás, ni con nuestra aniquilación y destrucción eterna, hubiésemos podido llegar a dar cumplida satisfacción de nuestra deuda. La compensación adecuada de una ofensa, por parte de Dios ofendido, infinita, exigía también una reparación infinita. Y era imposible soñar siquiera que el hombre pudiera tener jamás en sus manos una hostia de tal precio para ofrecerla al Señor: el holocausto de toda vida natural creada, era incapaz de restaurar la vida sobrenatural perdida.

De aquí las tremendas frases bíblicas por las que se nos presenta a Dios desdeñando y despreciando los sacrificios del hombre: «No quiero ofrendas de vuestras manos» (2); «No me agradan vuestros holocaustos» (3); «No me ofrezcáis ya más sacrificios inútilmente» (4).

Pero cuando los hombres padecían esta impotencia irreductible, entonces, en lo alto y en lo eterno, el Verbo divino, la palabra de Dios increada, llenando de resonancias

(1) Hebr. 9,22.

(2) Mal. 1,10.

(3) Jer. 6,20.

(4) Is. 1,13.

nefables el seno de la Beatísima Trinidad, se expresó según el salmo profético: *Hostiam et oblationem noluit... Tunc dixi: ecce venio*. «¿Rechazas los sacrificios y oblationes de los hombres? Pues digo: ¡Yo voy!» (1).

Y viene el Verbo al seno de María, y toma «carne de víctima», según la expresión de S. Pablo; y siendo sacerdote eterno y, además, víctima «sacrificable» en cuanto hombre, y hostia de precio infinito en cuanto Dios, se ofrece al Padre y realiza para todos los hombres, y en lugar de todas las hostias o víctimas, el sacrificio perpetuo y absolutamente eficaz de la Cruz.

Ese, sí, fué sacrificio digno de Dios infinito, a quien se ofrecía; suficiente y sobreabundante para pagar por todos los pecados que en el mundo hasta entonces se habían cometido y en adelante se habían de cometer. La inmola-ción de Cristo es el supremo homenaje latréutico o de adoración, eucarístico o de hacimiento de gracias, impetratorio y propiciatorio; porque es función profundamente vital del Hijo de Dios vivo que da su vida para que en el mundo se restauren la adoración, acción de gracias, petición de dones y expiación de crímenes en el orden más elevado que Dios pudiese exigir.

Aquí esta el centro de toda nuestra Religión, la clave de la teología, el núcleo de la redención, el punto más importante de la historia del género humano: en el sacrificio inefable del Cordero, en cuya sangre se han lavado y se lavarán las vestiduras de todos aquellos que en las visiones apocalípticas de S. Juan aparecieron en el cielo marcados, no con el estigma del pecado, sino con la señal de la gloria, vestidos de blancas vestiduras (2).

(1) Hebr. 10,5-7.

(2) Apoc. 7,14-17.

Cuál sea el Sacrificio propio de la Ley Nueva

Toda la vida religiosa de la humanidad, según acabamos de ver, gira en torno de la Cruz, la cual aparece como en la cúspide que une las dos vertientes de la historia. Los sacrificios anteriores a Cristo eran figurativos y mensajeros del sacrificio del Calvario; y el sacrificio eucarístico de la Nueva Ley es el mismo de la Cruz conmemorado, reproducido, perpetuado. Los de la Ley Antigua y el de la Nueva son los sustitutivos del sacrificio único, universal, absoluto y sempiterno de la Cruz. ¿Podrá, sin embargo, éste, decirse en rigor teológico el sacrificio *propio, característico y esencial* del Culto Cristiano?

Lo es, ciertamente, en cuanto que en él está el principio y la fuente de todo el Cristianismo: por él se efectuó nuestra redención. Mas como quiera que la redención no se limita a nosotros solamente, sino que se extiende a todos los hombres de todos los tiempos, el sacrificio que la obró no se restringe a solo el Cristianismo o la Ley Nueva, antes comprende también la Ley natural y la Ley Mosaica; siendo el Sacrificio de todos los tiempos y de todos los pueblos al que, desde el principio hasta el fin del mundo, va a convergir todo culto agradable a Dios, toda religión verdadera. De modo que, siendo él realmente en este sentido Sacrificio de la Religión verdadera, cabalmente por su misma universalidad y eminencia, no es ni puede ser el sacrificio constitutivo de ella en ninguna de sus formas o estados históricos: no es el sacrificio propio del culto cristiano, de igual modo que está lejos de ser el sacrificio propio del culto mosaico. Más aún, históricamente, la religión cristiana comenzó a existir después del sacrificio de la Cruz y como efecto y consecuencia del mismo; el cual, una vez realizado y consumado, dejó de ser—en su propia forma—para siempre, mientras que el sa-

crificio *propio* de la Religión debe acompañarla siempre y en todas partes (1).

El *sacrificio propio, esencial y característico* del Cristianismo es el de la *Santa Misa*, que teniendo su causa y fuente inagotable en el Sacrificio de la Cruz, a él se refiere, no ya simbólicamente como los sacrificios antiguos, sino reproduciendo incruentamente su misma realidad. La Cruz y la Misa sólo difieren—en frase del Tridentino—en la forma de la ofrenda: cruenta o incruenta; son sustancialmente el mismo sacrificio, la misma víctima divina, el mismo sacerdote principal, la misma Liturgia santa, cuyo fin es establecer una corriente de vida divina en el seno de la humanidad; siendo la Cruz el manantial inexhausto de donde brota, y la Misa el acueducto de oro por donde hasta nosotros se deriva. Ambos sacrificios encierran el mismo valor de vida sobrenatural; sólo que en el Calvario arranca este valor directamente de los méritos de Cristo oferente, y en nuestros altares el valor de vida sobrenatural proviene de la Cruz.

Y esto no porque fuese necesario otro nuevo sacrificio para que Dios se diese por aplacado; sino porque, según su providencia, que ordinariamente exige que el hombre haga algo de su parte para gozar de sus gracias, dispuso el sacrificio de la Misa para repartir por él el tesoro inmenso de méritos y satisfacciones que en el Calvario nuestro Redentor había ganado. Quiso nuestro dulcísimo Jesús que quedase permanente entre los hombres su sacrificio; para que así como su amor a nosotros y a todas las generaciones humanas es constante, también la prueba, manifestación y fruto de este amor fuese permanente en el humano linaje a través de su peregrinación hacia la eternidad, y le sirviese de Viático, es decir, de auxilio y de fortaleza durante ese fatigoso viaje.

(1) Cfr. Billot, De Ecclesiae Sacramentis, ed. 4.^a, pp. 579-80.

El Cenáculo, El Calvario y el Altar

Indudablemente, el misterio augusto de la última Cena del Señor, primer acto del drama de nuestra Redención, no debe separarse del misterio de la Cruz; ambos constituyen en su integridad el sacrificio de la redención, el más perfecto y venerando de todos los sacrificios, el cual comienza en la Cena y se consuma en la Cruz. De una parte, para hacer resaltar la acción del divino sacrificador, una liturgia sacramental, incruenta, cual convenía al Sumo y Eterno Sacerdote según el orden de Melquisedec; de otra parte, para poner de relieve su cualidad de Víctima expiatoria, la inmolación sangrienta de su pasión. Ambos elementos se completan, y así la Eucaristía forma parte del sacrificio redentor; es su rito propio y específico.

Importa mucho considerar juntamente y bajo un mismo aspecto lo que Jesucristo hizo en la Cena y lo que padeció en la Cruz. No separemos nosotros lo que Dios juntó; y entonces comprenderemos perfectamente cómo Jesucristo hizo de su pasión un verdadero sacrificio y al mismo tiempo un símbolo sacramental y externo, claramente expresivo de su consagración y donación interior al Eterno Padre. Comprenderemos asimismo cuán justamente a la acción de la Cena, por una especie de «comunicación o reciprocidad de idiomas», se aplican los atributos y denominaciones que convienen a la pasión cruenta, en cuanto obra redentora, misterio pascual, sangre de la alianza, restauración del reino de Dios.

Y la Misa, ¿es o no es una misma cosa con la Cena pascual? Sí y no. Es la misma cosa en cuanto al *rito*, mas no en cuanto al *modo* con que el rito se verifica.

Una es la Víctima ofrecida, idéntica su relación con las apariencias externas de un sacrificio de pan y de vino; una misma la virtud o poder que realiza el misterioso trueque, el mismo sacerdote y oferente principal. Pero exis-

ten varias diferencias. En el Cenáculo es Jesucristo solo el oferente, mientras que en la Misa ofrece El en unión de su Iglesia y por ministerio de sus sacerdotes; en la Cena se ofreció Cristo mortal, y en la Misa, inmortal y glorioso; aquella simbolizaba la muerte próxima e inminente de Jesucristo, ésta representa la muerte ya pasada; es un rito conmemorativo y retrospectivo. Sin embargo, podemos y debemos decir que la última Cena del Señor fué la primera Misa, ya que de aquella celebración augusta del mismo Cristo toma la nuestra su esencia y su valor.



II

El Sacrificio del Altar

He aquí sobre este punto la doctrina católica admirablemente expresada por el Concilio de Trento: «Nuestro Señor Jesucristo fué predestinado Sacerdote según el orden de Melquisedec, para perfeccionar lo que faltaba al Antiguo Testamento. Para ello obró El nuestra Redención, una vez para siempre, muriendo en la Cruz. Pero, porque su sacerdocio debía perdurar eternamente; a fin de dejar un sacrificio visible a su amada Esposa la Iglesia, que pudiese representar el sacrificio cruento de la Cruz y conservar su memoria hasta el fin de los siglos; y asimismo, a fin de que la saludable eficacia de este sacrificio pudiese aplicarse al perdón de nuestros pecados cuotidianos: la noche antes de su Pasión ofreció su Cuerpo y Sangre bajo las especies de pan y vino, y ordenó a sus sucesores lo ofreciesen como El mismo lo había hecho» (1).

Jesucristo «ofreciendo una hostia por los pecados, está sentado por toda la eternidad a la diestra de Dios Padre» (2); es decir que su sacrificio en la Cruz es el único, y con él se consumó la adoración y la redención. Pero los hombres tienen siempre necesidad de adorar y expiar. El pueblo cristiano no debía ser la excepción única en la historia del mundo y de las religiones; debía tener altar y sacrificio. Y fué así en efecto: al mismo pie de la Cruz—podríamos decir—ya vemos a la primera generación cristiana erigir altares y ofrecer sacrificios; y a los treinta años del

(1) *Conc. Trid.*, sess. 22, cap. 1.

(2) Hebr. 10,12.

sacrificio del Calvario, afirmaba ya el Apóstol la cesación de los sacrificios antiguos y la realización del sacrificio nuevo, puro y universal, profetizado por Malaquías: «Tenemos altar—decía escribiendo también a los hebreos—, del cual no tienen facultad de comer los que prestan servicio en el Tabernáculo» (3).

Ahora bien, ¿cómo se armoniza la unidad fundamental del sacrificio de la Cruz con la multiplicación de los altares y sacrificios cristianos? ¿Cómo se verifica y salva en la santa Misa la razón propia y formal del verdadero sacrificio?

En qué consiste propiamente

No hay duda que la Sagrada Eucaristía es verdadera y propiamente sacrificio, el Sacrificio del Nuevo Testamento, y no solamente en cuanto que lo representa y conmemora; porque si bien el sacrificio requiere la inmolación de la víctima, y en el ara de nuestros altares no se ve la sangre derramada, ni el cuerpo exánime de Cristo; es indudable que Jesucristo está allí real y verdaderamente presente, en estado de víctima místicamente inmolada. Claro es que aunque el hecho o tesis que asentamos sea doctrina de fe católica, no así la naturaleza o el modo, ni la acción o instante preciso de la Misa en que se verifica y consuma el sacrificio; en cuya explicación discrepan los teólogos. Mas no es éste lugar apropiado para disquisiciones científicas, sino que nos atenemos a la doctrina que estimamos más común y aceptable.

Unas palabras misteriosas que pronuncia el sacerdote sobre el pan y el vino, son la mística espada que, sin matar a Cristo—inmortal e impasible actualmente—, sin separar de hecho el cuerpo de la sangre de Jesús, porque están entre sí indivisiblemente unidos en el cuerpo vivo y glorioso, con todo ponen a Cristo en el altar «como muerto», según le viera S. Juan en su Apocalipsis, en cuanto que por las palabras de la consagración solo el cuerpo

(3) Hebr. 13,10.

queda bajo las especies de pan, y sola la sangre bajo las del vino; de suerte que si Jesucristo pudiese morir y no lo impidiera su estado glorioso, moriría realmente; y aunque todo El—por fuerza de la inseparabilidad de sus componentes—se halla bajo cada una de las especies consagradas, sin embargo la voluntad de Jesucristo es ofrecerse y que nosotros le ofrezcamos como víctima divina. No siéndole ya posible—ni necesario—morir otra vez y estar derramando continuamente su sangre como en el día de su muerte, halló en su infinita bondad y condescendencia, manera de estar sacrificándose sin cesar por nosotros en los altares de todo el mundo con un sacrificio real que, no sólo representase el de la cruz, sino que lo renovase sin cesar; para que así continuamente recordemos lo que por nuestros pecados padeció. Y así El mismo lo dispuso cuando, al instituir este adorable Misterio, intimó a sus Apóstoles este formal encargo: «Haced vosotros esto mismo en memoria mía» (1); cuya interpretación auténtica nos la da el propio Espíritu Santo por labios de S. Pablo, escribiendo a los de Corinto: «Cuantas veces comiereis este Pan y bebiereis de este Cáliz, anunciaréis la muerte del Señor» (2).

Pero además, ¿qué mayor inmólación, qué mayor destrucción ni aniquilamiento—*humano modo*, al decir del Cardenal Lugo—que el estado de humillación y de anonadamiento infinito a que voluntariamente se reduce bajo las especies sacramentales el Hijo Unigénito del Padre, Rey inmortal de los cielos y de la tierra? Si es sacrificio quitar a un cordero la vida, ¿cuánto más lo será quitar a Jesucristo en el Sacramento, exteriormente, la majestad y la gloria que le son debidas, la libertad e independencia que le son propias, la acción, el movimiento y la resistencia, viviendo allí como muerto, expuesto al arbitrio y aun al capricho de las criaturas, ni más ni menos que si

(1) Lc. 22,19.

(2) 1 Cor. 11,26.

estuviese sin vida? También aquí se puede decir con toda propiedad: *Exinanivit semetipsum*..; *humiliavit semetipsum, factus obediens usque ad mortem*: Se anonadó y humilló a Sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte (1).

Y por si estos razonamientos, arrancados de la entraña misma del dogma, no bastasen, los Santos Padres, órgano auténtico del magisterio de la Iglesia, con viva elocuencia lo confiesan. A principios del siglo tercero escribía ya San Hipólito: «Cada día es consagrado y sacrificado el inmaculado Cuerpo y la Sangre preciosa de Jesucristo en la mesa misteriosa y divina, en memoria de aquella eternamente memorable mesa de la Cena». Y San Cipriano: «Jesucristo, que es el Sacerdote del Padre, se ofreció a Sí mismo en sacrificio, y mandó a sus apóstoles que hiciesen lo mismo en memoria de. El Así el sacerdote, que hace lo que Cristo, ofrece a Dios Padre un verdadero y perfecto, sacrificio» (*Ad Cecil*)

Testimonios, qué, con otros innumerables, sella y ratifica el Santo Concilio de Trento en la citada sesión 22, donde, después de haber declarado minuciosamente en ocho sucesivos capítulos la doctrina católica acerca del augusto Sacrificio de la Misa, fórmula, entre otras, las siguientes definiciones: «Si alguno dijere que en la Misa no se ofrece a Dios verdadero y propio sacrificio..; o que Cristo no instituyó sacerdotes a los Apóstoles, para que ellos y los demás sacerdotes ofreciesen su cuerpo y su sangre: sea anatema» (2).

Gran misterio es en verdad la Misa, y gran prueba del amor maravilloso que Nuestro Señor Jesucristo nos tiene. «¡Oh inmolación que no mata—exclamaremos con el inolvidable Cardenal Gomá—, holocausto que no destruye, reproducción viva de la muerte de Cristo inmortal! ¡Qué profundidades de vida divina se atisban en nuestros altares,

(1) Phil. 2,7-8.

(2) *Conc. Trid.*, sess. 22, can. 1 y 2.

ante esta blanca Hostia, ante esta Copa de vino donde no aparece palpitación alguna de vida! Con todo, es ésta la función vital del mundo; toda la sublimidad de la Cruz aquí está. Como la Cruz, la Misa es vida de Dios, porque es el eterno pontifical que celebra en todo lugar y horizonte el Hijo de Dios vivo, inmolándose libérrimamente, *quia ipse voluit*, a Sí mismo, que es la vida, *Ego sum vita*, para dar la vida al mundo» (1).

Es aquella oblación limpia y santa, que en espíritu contempló el profeta Malaquías, ofreciéndose y sacrificándose en todos los sitios desde la aurora hasta el ocaso, para glorificar y engrandecer el santo nombre del Señor y Rey de los ejércitos (2). Es la Pasión de Cristo, íntimamente presente a cada generación, a cada alma. Es el libro de la Cruz, cuyas lecciones, en toda su realidad, vienen leyéndose a la asamblea cristiana que sin cesar se renueva en nuestros templos. ¡Si el pueblo asistiese a la Misa como asistiría a la Pasión de Cristo! Si todos, sacerdotes y fieles, ante el altar uniéramos nuestra mística inmolación a la inmolación del Maestro, ¡cómo se elevarían los espíritus, y cómo florecerían en la grandeza de que es fuente fecunda el sacrificio!

Historia de la liturgia de la Misa

La Iglesia, habiendo recibido la Misa de su divino Fundador, desde sus primeros días la ha considerado como su tesoro más precioso, como el acto vital de su existencia, y la ha celebrado con inefables sentimientos de veneración. Ya los inmediatos discípulos de Cristo recogieron con afán profundo y delicado la dulce encomienda de reiterar la Cena del Señor; y desde los días primeros de la Iglesia vemos a los fieles reunirse con sus jefes en días

(1) «La Eucaristía y la Vida Cristiana». Barcelona, 1922, página 70.

(2) Mal. 1,10-11.

señalados para la acción eucarística. Los Hechos de los Apóstoles, al describir el modo de vida de la primitiva comunidad cristiana, nos dicen que todos los convertidos permanecían perseverantes en la doctrina de los Apóstoles y en la comunicación de la «fracción del pan» (1). «Cena del Señor» y «Fracción del pan», fueron los nombres primeros de la Misa desde el tiempo de los Apóstoles.

El modelo que éstos siguieron para la celebración del rito eucarístico fué obligadamente la Cena última del Señor, según un esquema reducido que se descomponía en estos cuatro actos: plegaria eucarística, consagración, fracción del pan y comunión. El conjunto del rito resultaba sencillo y muy corto.

Sin embargo, como era la acción litúrgica por excelencia, el rito maravilloso fué atrayendo hacia sí, poco a poco, un conjunto de preces y ceremonias que, con el tiempo, habrán de darle la amplitud de desarrollo con que ha llegado a nuestros días.

De momento, para rodearlo de más solemnidad externa, se unió a la celebración de otros actos no propiamente litúrgicos, que servían de preparación y ampliaban la escena: unas veces fué el ágape; otras, una sesión o sinaxis de carácter docente, catequístico. De ambos tipos de sinaxis mixta tenemos testimonios muy autorizados y muy interesantes en los escritos y en la vida del apóstol San Pablo.

Agape significa «amor», y esto era el banquete en que solían reunirse—por la noche—los primeros cristianos para celebrar sus festividades. Después que el convite de fraternidad terminaba, comenzaba la acción litúrgica y se realizaba la Eucaristía. Mas no tardó el Apóstol en sorprender con asombro y dolor la situación de peligro que suponía el celebrar la Cena del Señor a continuación del

(1) Ac. 2, 42.

banquete de caridad, y así lo denunciaba—amable y enérgicamente— a los fieles de Corinto: «Reunirse como vosotros lo hacéis—les dice—, eso no es ya celebrar la Cena del Señor... ¿Es que no tenéis vuestras casas para comer y beber? ¿Es que queréis menospreciar a la Iglesia de Dios y humillar a los que nada tienen? Lo que yo aprendí del Señor y os enseñé a vosotros, es que el Señor, Jesús, la noche misma en que iba a ser entregado, tomó pan en sus manos, y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: tomad, comed; este es mi cuerpo, etc. De manera que quienquiera que coma el pan o beba el cáliz indignamente, reo será del Cuerpo y de la Sangre del Señor» (1).

Para evitar prudentemente un riesgo semejante, el rito eucarístico se fué desprendiendo poco a poco—diferentemente, según las circunstancias locales—de la celebración del ágape; y al buscarle una nueva posición en la liturgia, se pensó como lo más natural trasladar ese rito a la sinaxis matinal de la «Vigilia».

Durante algún tiempo esta unión aparece vacilante. De todos modos puede asegurarse que en la primera mitad del siglo II el «ágape» y la «fracción del pan» quedaron definitivamente desligados, llegando el ágape a desaparecer del todo en el siglo V. La «vigilia», en cambio, vinculada con tenacidad a la celebración de la Eucaristía, se ha salvado y constituye la primera parte de nuestra Misa, llamada también «Misa de los catecúmenos».

El día de la «sinaxis» semanal era el domingo, en las horas del alba. El lugar de reunión en los días difíciles, los cementerios o catacumbas y las casas particulares. Si quisiéramos hallar en la liturgia actual la reproducción exacta de una «vigilia», tal como en el siglo II la describía ya el gran apologista San Justino, no tenemos más que abrir el misal por la solemnidad del Viernes Santo, y fijar la aten-

(1) 1 Cor. 11,20-27.

ción en la llamada «Misa de Presantificados». En realidad ese día no hay Misa, pues no hay consagración, ni, por lo tanto, sacrificio. Así, en esos oficios, la «misa de los catecúmenos» recobra con franca decisión su forma más primitiva, la que tenía en tiempos de San Justino: lectura de la Ley, de los Profetas, del Evangelio, y a continuación las «oraciones litánicas», u «oración de los fieles».

Resulta, pues, históricamente nuestra Misa en su composición fundamental, de la aglutinación de dos ritos antes independientes: la «vigilia» y la «Cena del Señor», posteriormente denominados «Misa de los catecúmenos» y «Misa de los fieles». La primera, hasta el ofertorio, pudiera decirse la *antemisa*: resto de las preces y lecturas que antiguamente se usaban, y a ella podían asistir los catecúmenos, los públicos penitentes y hasta los paganos, todos los cuales al terminar el evangelio y homilía eran despedidos diciendo: *Ite, Missa est*: marchad, se os da la despedida (1); frase que en la liturgia posterior comenzó a usarse después de la Comunión, y de donde proviene la denominación actual de *Misa*, para significar los santos misterios que se celebran. Con el ofertorio comenzaba ya la Misa propiamente dicha, el sacrificio o Misa de los fieles.

La primera parte o preparación, está calcada en la liturgia de las sinagogas judías; no es otra cosa, que la reunión o asamblea signagoga de los judíos, con la adición de la lectura del Nuevo Testamento, que le da su carácter netamente cristiano. Por el contrario, el rito de la segunda parte de la Misa es cristiano en su origen y en su esencia.

«No es extraño—observa muy atinadamente el erudito P. Alcocer, O. S. B.—, que la corriente de los siglos haya ido dejando algunas sedimentaciones sobre la estructura primitiva. Lo que resulta admirable, lo que debe estimular-

(1) Esta parece ser la interpretación más probable de la palabra *missa* (del latino *mittere*, enviar), «a *missione seu dimissione populi*» (Card. Bona): dimisión o despedida del pueblo.

nos para conocer mejor y más delicadamente estos santos misterios, es el considerar cómo desde su punto de partida en la edad más temprana de la Iglesia han llegado a nosotros sin quebranto de sus formas robustas y sin perder nada de su maravilloso contenido. Contemplada así la liturgia de la muy santa Eucaristía, parece un bajel que, en sus largas singladuras por los puertos de los siglos, se empavesa de vez en cuando con un nuevo rito, y sigue su ruta llevando siempre intacta la carga infinita (1).

Como ya hemos dicho, no es fácil, sin estudio, adivinar el sentido de muchas ceremonias, por su multiplicidad y los cambios en ellas introducidos. Pero si se reflexionase un poco y se estudiasen, cual conviene, estas cosas por los fieles, fácilmente descubrirían en la variedad de ritos y de fórmulas una riqueza incomparable de sentidos y una naturalidad encantadora a tono con el espíritu del santo y augusto Sacrificio. Todo lo que en la Misa es misterioso e incomprensible a primera vista, todo lo que parece convencional y arbitrario, parecería connatural y propio, lo mismo en las oraciones y pasos de la Misa que en las acciones y gestos del celebrante. La Misa es una de las acciones más connaturales con la expresión del corazón humano; y en su espléndida liturgia ha querido la Iglesia engastar el diamante del Sacrificio, envolviendo la celebración de los santos misterios con sagrado velo, a fin de llenar el espíritu y el corazón de los fieles de temor religioso y de un respeto profundo, y excitarlos a una meditación seria y devota de las verdades religiosas. «Obra de tradición y de selección, es a la vez nuestra Misa Romana un monumento de la doctrina, de la piedad, de la historia de los siglos cristianos» (2).

(1) *La Santa Misa*, Iniciación litúrgica, pp. 74-75.

(2) Gomá, *El valor Educativo de la Liturgia Católica*. 1.^a edición, p. 547.

Lo que vale la Misa

Expuesta la excelencia y dignidad de la Misa por razón de la naturaleza y esencia misma del acto, veamos su importancia por la cuantía de su valor. ¡Si supiéramos lo que vale una Misa!

Vale tanto la Misa como el sacrificio de la Cruz, con el que sustancialmente se identifica. El sacrificio del Calvario salvó al mundo, y su mística reproducción en la Misa ha de salvar a los hombres, y es siempre la santificación de la Iglesia. La fecundidad de la Iglesia nace toda del sublime Sacrificio. De él reciben su eficacia todas las obras externas del celo apostólico que salva las almas, y que es aquel río de agua de vida, claro como un cristal, que S. Juan en el Apocalipsis vió que nacía del trono del Cordero divino y hacía fructificar aquellos árboles misteriosos, porque el sacrificio del Cordero es la fuente de las bendiciones divinas sobre el humano linaje (1)

Mas conviene que nos fijemos un poco en los cuatro tesoros incalculables que tenemos en la Misa, conformes a las cuatro grandes necesidades y relaciones que tiene la humanidad con la divinidad. Porque los hombres tenemos, con respecto a Dios, el deber o la necesidad de adorarle por sus infinitas excelencias, de darle gracias por sus inmensos beneficios, de desagraviarle por nuestros pecados, de pedirle nuevos favores y gracias. Ahora bien, todos estos cuatro valores tiene la Misa en grado excelentísimo, mucho más excelente que cualquiera otra obra ni acción sobre la tierra.

Es, ante todo, la Misa un acto *de adoración* condigno de Dios, que cumple todo cuanto se merece la Divinidad; porque no se trata de un acto meramente humano, sino de un acto divino, de una acción de Jesucristo. «Por El —dice la misma liturgia de la Misa— y con El y en El

(1) Apoc. 22, 1-2.

se da a Ti, Dios Padre Omnipotente, todo honor y toda gloria». La Misa es la suma latría y la máxima alabanza de Dios. Con ella la Iglesia, la Esposa de Cristo, cumple adecuada y condignamente con su deber primordial de rendir a Dios culto de adoración.

Es además la Misa *acción de gracias* y parte integrante, en este aspecto, de la vida religiosa de la humanidad. Es la corriente del amor agradecido que sube de la tierra al cielo, y que responde cumplidamente a la corriente del amor dadivoso que del cielo sin cesar viene a la tierra. «Y es cosa singular— observa el sabio Cardenal Gomá — que Dios haya querido que el sacrificio de la Misa, que, como el de la Cruz, se ofrece por los cuatro fines distintos de que venimos hablando, fuese denominado en la liturgia y en el mismo lenguaje del pueblo, la *Eucaristía*; es decir la *acción de gracias*, como queriendo significar que la Eucaristía es el corazón vivo de la Iglesia; y que de él procede y en él se avalora hasta el infinito la acción de gracias que la humanidad debe a Dios» (1).

Como es de ley natural que el hombre adore y dé gracias a Dios, así ha venido a serlo la *expiación* sacrificial; por lo que fuera del grosero mahometismo, no hay religión, entre todas las históricas, que no tenga sacrificios expiatorios, para desagraciar a la infinita Majestad ofendida por nuestras personales desviaciones y por el crimen primitivo que nos manchó a todos.

Unico altar donde la expiación fué absoluta; cumplidísima, sobreabundante, es la Cruz; y la Misa es la aplicación de la virtud *redentora* de la Cruz, según expresamente enseña el Tridentino, el cual fulminó anatema contra los que decían que la Misa era sólo sacrificio de adoración y acción de gracias, o pura conmemoración del sacrificio del Calvario, pero no sacrificio expiatorio (2). Tene-

(1) La Eucaristía y la Vida Cristiana, p. 75

(2) *Conc. Trid.*, sess. 22, can. 5.

mos, pues, aquí un omnipotente instrumento de perdón de nuestros pecados, un tesoro infinito con que podemos pagar a Dios nuestras deudas.

Aplacado Dios por esta ofrenda, le concederá la gracia y el don de la penitencia, principio de la justificación y de remisión aun de los más atroces crímenes (1); dará amor y contrición, en los cuales actos se consumen esas manchas leves y cotidianas que atenúan en nosotros los ardores de la caridad. *«In hoc apparuit caritas Dei in nobis, quoniam Filium suum unigenitum misit Deus in mundum, ut vivamus per eum... propitiationem pro peccatis nostris»*. En esto se ha manifestado el amor de Dios a nosotros, en que Dios envió al mundo a su Hijo Unigénito, para que por El tengamos vida sobrenatural...; enviolo como propiciación por nuestros pecados (2).

Es la Misa un tesoro infinito, pero además una *oración* excelentísima. Es como la síntesis de la plegaria de Jesús; la oración sustancial de la Iglesia, para impetrar del Padre los dones de la vida divina para el mundo; la oración clásica de todo cristiano.

Ningún modo hay mejor de impetrar cualquier cosa que nos convenga, que la santa Misa. Ni ¿cómo puede haberlo si la Misa es la oración y rogativa del mismo Jesucristo en su cruz, presentándose a su Padre con el mayor acto de su ardiente amor, con el mismo que tuvo en su pasión y muerte, reproducido en la Misa? Si siempre es Jesucristo escuchado ante su Eterno Padre *propter suam reverentiam*, ¿qué nos negará, si nos conviene, de cuanto le pidamos, unidos con su divino Hijo en este acto tan solemne y augusto?

En resumen, una sola Misa de suyo vale por tanto cuanto Dios merece ser adorado y alabado; y es una acción de gracias equivalente en todo rigor a cuantos bene-

(1) *Conc. Trid.*, sess. 22, cap. 2.

(2) 1 Jn. 4, 9-10.

ficios Dios nos ha hecho y puede hacer a los hombres; y un desagravio que supera a cuantos agravios puedan inferirle los pecadores; y, en fin, una impetración capaz de conseguir cualesquiera bienes y dones de Nuestro Señor.

Y nadie piense que es esto una metáfora, una hipérbole oratoria o ponderación exagerada de la realidad, sino propia exposición y justa expresión de la verdad. Lo cual fácilmente se entiende desde el momento en que se considera que la Misa es un acto en el que el mismo Jesucristo, Sacerdote eterno y divino, pone su propio cuerpo y sangre como hostia propiciatoria en el altar, ofreciéndose a Sí mismo al Eterno Padre por sus hermanos unidos a El como los miembros a su cabeza.

Por ser Jesús, Sumo Sacerdote, el principal oferente, a pesar de nuestra indignidad y de la miseria de sus ministros e instrumentos en su acción divina, el sacrificio alcanza siempre su objeto; la indignidad del ministro no anula la santidad de la oblación que se ofrece al Padre Celestial, pues Jesús es el verdadero Sacerdote y la verdadera Hostia. Lo cual se ha de entender principalmente de los efectos latréutico y eucarístico, que son siempre infalibles, como también el fruto de expiación a favor de las almas del Purgatorio. En cuanto impetración y remisión indirecta de pecados a los vivientes, aunque el sacrificio es de suyo efficacísimo, puede a veces frustrarse su efecto por falta de disposición en el sujeto o de las condiciones debidas en el objeto que se pide.

Aplicación de estos valores

Conviene, sin embargo, tener en cuenta que, aun cuando el tesoro de la Misa es infinito de suyo—por razón de la Víctima inmolada y del principal Sacerdote oferente—, pero no se nos aplica todo lo que atañe al valor propiciatorio y al impetratorio, porque ni nos hace falta todo, ni somos capaces de todo, ni todo lo que podemos recibir nos lo quiere Dios aplicar; sino que ha establecido en su Provi-

dencia y en proporción de nuestras personales disposiciones una medida, que nosotros ignoramos, de las gracias que por cada Misa nos ha de conceder, que serán sin duda muchísimas, pues lo cierto es que en la Misa hay abundante e inextinguible tesoro para todo, y que de él podremos sacar tanto más cuanto mejor asistamos y cooperemos (1).

De dos cosas, por nuestra parte, depende el mayor o menor fruto, a saber: de una parte la perfección de nuestras disposiciones subjetivas, como la fe y la piedad, el recogimiento y devoción; la cooperación más o menos inmediata a la celebración misma del santo Sacrificio; y de otra, la aplicación más o menos precisa y concreta que el celebrante hace en su intención a determinadas personas. No de otra suerte que la irradiación del calor del sol se proporciona y mide juntamente por estas dos cosas: la disposición receptiva e intrínseca de los sujetos o cuerpos calentados, la cual varía mucho según su mayor o menor conductibilidad del calor; y el modo de aplicación de los rayos solares, perpendiculares u oblicuos, directos o indirectos.

Con mucho fundamento los teólogos gradúan esta concesión de Dios a los fieles según la mayor unión que con el celebrante tengan, por lo que suelen señalar *privilegiados* y aun categorías de privilegiados.

Quien más que nadie participa del fruto de la Misa es, naturalmente, quien la celebra: a él corresponde el fruto que llaman *especialísimo*, superior al de los otros fieles, cual corresponde a su dignidad altísima y a los graves deberes que la misma le impone.

Muy cercano a este fruto especialísimo es el que obtienen los fieles que asisten a la celebración de la Misa, los cuales unidos de un modo particular con el sacerdote,

(1). Cfr. EUCHARISTIA. Encyclopedie populaire, por M. Brillant, Paris 1934; pp. 171 sgg.

sin ser ellos propiamente los celebrantes, forman con el que celebra una comunidad y ofrecen, de alguna manera, con él el sacrificio. Por eso el celebrante, en las oraciones y fórmulas que pronuncia, habla muchas veces en plural junto con el pueblo. Y entre los asistentes perciben fruto mayor los acólitos que, adelantándose a todo el pueblo, se unen especialmente con el sacerdote y le responden y ayudan en la Misa. Por lo que no es raro en nuestras iglesias—y es cosa muy hermosa y edificante—ver a piadosos jóvenes o a ilustres caballeros acercarse espontáneamente al altar para reemplazar en tan noble y provechoso oficio a los monaguillos del templo.

Después de estos frutos hay otro llamado *ministerial* que depende de la intención del sacerdote, y que corresponde a aquel o a aquellos por quienes—mediante estipendio o sin él—el celebrante aplica la Misa para fines por ellos determinados, entre los cuales claro es que ocupa lugar eminente el sufragio por difuntos.

Y después de todo esto queda el fruto que llaman los teólogos *general*; porque, siendo el sacerdote ministro delegado para que ofrezca en nombre de Cristo y por toda la Iglesia el sacrificio, a toda ella y a todos los fieles, en cuanto son miembros de la Iglesia, se deriva el arroyo inagotable de todas las Misas que incensantemente están diciéndose en el mundo. Y si bien directamente sólo puede este sacrificio celebrarse por los fieles de la Iglesia, pero indirectamente también es útil a los infieles, herejes y apóstatas, en cuanto que vale para que el Señor traiga a la Iglesia a los que andan descarriados fuera de ella; y así ofrecemos el Cáliz de salud *pro nostra et totius mundi salute*, por nuestra salvación y la de todo el mundo.

Todos estos frutos y efectos salubérrimos de la Santa Misa defínelos el Sacrosanto Concilio de Trento diciendo: "Si alguien dijere que el sacrificio de la Misa sólo aprovecha al que comulga, y que no debe ofrecerse por los

vivos y difuntos, por los pecados, penas, satisfacciones y demás necesidades, sea anatema" (1). Los pecados son las culpas, graves o leves, las cuales no es que sean directamente remitidas o perdonadas por la virtud y eficacia de la Misa, sino por la gracia de la contrición y demás disposiciones que con la Misa se alcanzan. No así, en cambio, respecto a las penas temporales debidas por nuestros pecados, las cuales pueden ser directamente condonadas por la virtud y mérito del Sacrificio, que el Señor acepta como adecuada solución o pago de la deuda. La pena eterna sólo se remite al mismo tiempo y por los mismos medios por los que se perdona el pecado mortal, que es su causa. Las satisfacciones son las obras de penitencia, que tienen razón de compensación por los pecados y que pueden ser ventajosamente sustituidas por el augusto Sacrificio de la Misa. Vale, en fin, para remediar todas nuestras necesidades y obtenernos todos los bienes, así espirituales como temporales, si convienen a nuestra eterna salvación.

En virtud del dogma consolador de la Comunión de los Santos, de esa mutua participación de riquezas y prodigiosa mancomunidad de bienes que existen en el cuerpo místico de Cristo: de los miembros entre sí, y de todos ellos con su Cabeza; «el Sacrificio de la Misa—según explica la citada Instrucción de la Sda. Congregación del Concilio (2)—se aplica con toda abundancia no solamente por los fieles difuntos, que expían sus faltas en el fuego del Purgatorio, sino también por los vivientes que, cercados y oprimidos especialmente en los tiempos actuales por tantas y tan grandes angustias y calamidades, necesitan encontrar en Dios la misericordia y alcanzar su auxilio divino».

Así resulta que es la Santa Misa el aglutinante más poderoso que puede existir, pues junta con relación de

(1) *Conc. Trid.*, sess. 22. cap. 5.

(2) *Instr. Saepenumero*, n. 5. (v. en el Apéndice)

amor y de santificación el Cielo, la tierra y el Purgatorio. Cuando la celebramos, nos unimos con Abel, con Abrahán, con Melquisedec, es decir, con los justos primitivos que ofrecieron a Dios dignos sacrificios; nos juntamos con los santos Apóstoles, que son los primeros sacerdotes de la Ley Nueva; con los santos Mártires, que en el principio de la Iglesia unieron su sangre y sacrificio a la Sangre y Sacrificio del Hijo de Dios; nos juntamos con todos los cristianos que viven dentro de la Iglesia, y hasta con todos los hombres del universo, pues rogamos por la salvación de todo el mundo. Asimismo, al rogar cada día en la Misa por los difuntos, nos unimos con las almas santas del Purgatorio, cuya deuda con la Eterna Justicia ayudamos a saldar con el precio infinito de los merecimientos de Cristo y de los miembros de su Cuerpo místico. Nos unimos, en fin, con los ángeles y bienaventurados todos, cuyo patrocinio invocamos para que nos ayuden a alabar al Señor. De esta manera, juntas todas las criaturas del Cielo, de la tierra y del Purgatorio, capaces de conocer y de amar a Dios, y unidos con el Primogénito del Padre, tributamos a Este el himno de alabanza, el sacrificio de adoración y reverencia, y pagamos la deuda de agradecimiento que tenemos por sus infinitos dones y beneficios.

La Comunión dentro de la Misa

Si la participación de los fieles en los frutos dulcísimos del tremendo Sacrificio es tanto mayor cuanto más íntima sea su unión con el sacerdote celebrante, síguese una consecuencia práctica muy consoladora, que queremos aquí especialmente hacer resaltar. Los que comulgan en la Misa y participan de la Hostia del sacrificio, más que nadie se acercan a la categoría del sacerdote, y pueden en verdad decirse sacrificadores con él; luego son también los que más se le aproximan en la utilidad y provecho espiritual que reportan, pudiendo con razón decir que, como el mis-

mo sacerdote, obtienen de la Misa un fruto *especialísimo*, ya que no tan copioso y grande, porque ellos no consagran, si lo más cercano y semejante, por cuanto, de igual modo que él, participan del sacrificio en la Comunión, mediante la cual son principalmente otorgadas las gracias merecidas por el valor de la oblación.

La hora propia de comulgar es después de la Comunión del sacerdote, de suerte que si se distribuye también la Sagrada Comunión fuera de la Misa y es de uso legítimo y autorizado, es tan sólo por las dificultades que traería consigo—máxime con la actual frecuencia de Sacramentos—el haber de comulgar siempre dentro de ella.

La Comunión es la consumación, el complemento del sacrificio, cuya víctima en la inmolación ha de quedar siempre aniquilada. Y aunque al consagrar, por la mística separación del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, se representa la muerte del Señor por los pecados del mundo; la destrucción de la Víctima se completa cuando se distribuye al pueblo la Hostia divina, pan de vida eterna, que de una manera inefable y vital une al hombre con Dios, y así va conmemorándose y reproduciéndose en la Comunión aquella muerte que da vida.

La voluntad del Señor que a Sí mismo en la Misa se nos da, es dárseos en sacrificio-convite, o inmolarse poniéndose en estado de comida para ser comido al mismo tiempo que se inmola. De ahí es que, según la divina institución, el participar realmente de la víctima del sacrificio es inseparable de la inmolación, y en tal grado lo es que ésta, sin aquella real participación, quedaría privada de la integridad y perfección que por su naturaleza le corresponde; pues que, no habiendo convidados, ya no sería convite, sino a lo sumo una exposición de manjares.

Por esto la Iglesia, fiel cumplidora de la voluntad de Cristo Señor Nuestro, en modo alguno permite que haya Misa sin Comunión, antes manda grave y terminantemente

que, a lo menos, comulgue el sacerdote que la dice. Y si bien es cierto que por la sola comunión del sacerdote queda completo de suyo el sacrificio del pueblo cristiano, a quien aquel representa; no es menos cierto que, por lo que hace en particular a nosotros, sin Comunión inmediata y personal, resulta aún incompleto el sacrificio, por faltarle una perfección a que se ordena, como convite que es, y que nosotros le podemos dar: perfección extrínseca, sí, pero necesaria para que sus preciosos frutos vengan en el mayor grado a nosotros. De esta suerte la Víctima del Sacrificio cristiano es asimismo Sacramento; el “memorial de la muerte del Señor” es al propio tiempo “pan que da la vida al hombre”, según reza la conocida estrofa del Angélico Doctor: *O memoriale mortis Domini, Panis vivus vitam praestans homini.*

Siempre tuvo la Iglesia este deseo y preferencia por la Comunión dentro de la Misa, ni dejó nunca de inculcar a los fieles que, si han de oír Misa y comulgar, comulguen precisamente dentro de la Misa que oyen, y no dejen al sacerdote solo al tiempo de comer el Manjar que para todos aderezó. Principio que le sirvió de norma de conducta desde la más remota antigüedad, y que quiso proclamar solemnemente en la augusta asamblea de los Padres de Trento, con estas gravísimas palabras “*Desea ciertamente el Sacrosanto Sínodo que en todas y cada una de las Misas comulguen los fieles presentes, no ya sólo espiritualmente con el afecto, sino recibiendo sacramentalmente la Eucaristía* (nótese bien la razón que añade), *a fin de lograr para sí con más abundancia los ricos frutos de este santísimo Sacrificio* (1).

Y sin embargo, ¡cuán pocos, aun entre los mas piadosos, tienen hoy presentes estas gravísimas consideraciones y enseñanzas! ¡Cuánta inconsciencia y olvido en cosas que

(1) *Conc. Trid., sess. 22, cap. 6.*

tan de cerca nos atañen, y qué fácilmente se desperdician o desaprovechan tan ricos tesoros espirituales!

Ahora comprenderéis mejor, Hermanos e Hijos amadísimos, por qué el pueblo cristiano es llamado en las Sagradas Escrituras pueblo sacerdotal, *regale sacerdotium* (1); pues Jesús, que es la Cabeza del pueblo, Sacerdote eterno y Víctima divina del sacrificio, con su redención no sólo quiso unirse espiritualmente con todos los hombres por la fe y la gracia, sino también corporalmente por medio de la Comunión de su Cuerpo y Sangre sacramentados, haciéndolos participantes de su sacerdocio. He aquí por qué el apóstol San Pablo, cuando habla del sacrificio de nuestro benignísimo Redentor, dice que con una sola oblación hizo para siempre perfectos a los que ha santificado (2); porque el sublime sacrificio del Cordero divino irradia, por medio de la Misa, en todo el pueblo, juntándose individualmente con cada uno de los cristianos que comulgan; con lo cual, participando todos de la divina Víctima, el sacrificio, en cuanto a ciertos efectos, queda completo y consumado.

Cómo se ha de oír Misa

«Que todos los fieles cristianos oigan frecuente y devotamente la Misa»: tal es el fin que en su Instrucción persigue la Santa Sede y manda que nos propongamos los Prelados al instruir y exhortar al pueblo.

a) Frecuentemente

En primer lugar, todos los domingos y días festivos. Por lo mismo que la Misa es cumbre de la montaña santa de Sión, el acto más sublime de la Religión, la acción más digna de Dios que el hombre puede practicar sobre la tierra; la Iglesia pone la Misa como la esencia necesaria del

(1) 1 Pet. 2,9.

(2) Heb. 10,14.

culto cristiano; como el acto religioso imprescindible; y en ella concreta y determina la obligación de derecho natural y de derecho divino, de santificar el día del Señor y todas las otras fiestas por ella establecidas, para solemnizar los principales misterios de nuestra Religión.

De ahí la gravedad del pecado que comete quien, no estando legítimamente impedido, deja de oír Misa en los días festivos, o asiste a ella sin el debido respeto y atención; ya porque desobedece a la Iglesia en asunto de tanta importancia, ya porque no cuida de dar a Dios el honor y la gloria que se le deben.

El oír Misa entera—escribíamos en otra ocasión—constituye el primero y fundamental deber de todo cristiano en los domingos y fiestas de guardar; más que un acto, podemos decir que es un sistema y distintivo de religiosidad. El que la oye recuerda que es cristiano, que tiene obligaciones directamente con Dios, en una palabra, que es un hombre o «animal religioso», como lo definía un filósofo. El que no va a Misa, atrofia en su espíritu el último brote de su religiosidad.

Pero demostraría bien poca estima de este augusto Sacrificio el que se contentase con asistir a él solamente los días de obligación, pudiendo hacerlo con más frecuencia. Todo el que se precia de *buen cristiano* y amante de Jesucristo, se impone a sí mismo el deber de oír Misa aun en días de labor. La mejor devoción que puede tener un cristiano es oírla diariamente. Y el índice más seguro de adelanto en la cristianización de nuestro pueblo será el aumento de número de fieles que oigan Misa, íntegra y piadosamente. No ha de consistir en la cantidad de novenas y fiestas, ni en el número de procesiones públicas, ni en el esplendor y magnificencia del culto. Bueno, muy bueno es todo eso, y muy laudable, si se hace con la debida forma e intención. Pero la señal cierta e indiscutible de sólido progreso en la vida cristiana es la devoción a la

Misa, la asistencia reflexiva, la participación en ella con la comunión eucarística.

Los Santos, aun los seglares y llenos de ocupaciones, fueron siempre muy amigos de oír Misas, encontrando en ello el medio más directo de unirse con Dios; y lo mismo hacen hoy día, con gran edificación y provecho, todos los buenos católicos de uno y otro sexo. Santo Tomás de Aquino no solamente cada día celebraba su Misa con mucho fervor, sino que además, a pesar de su improbo trabajo en los estudios, ayudaba algunas otras. El rey San Luis oía diariamente dos o tres Misas; por lo que algunos cortesanos le criticaban diciendo: ¿«Cómo el Rey, con tantas ocupaciones, emplea tanto tiempo en oír Misa?» Llegó a oídos del Rey esta queja y contestó: «Así son estos cortesanos; en cambio si empleara doble tiempo en la caza o en el juego, no les parecería tiempo perdido». Y de Santo Tomás Moro, primer ministro de Inglaterra, se refiere que, estando en una ocasión oyendo y ayudando Misa—su primera ocupación todos los días—le avisaron: «El Rey os llama»; a lo que contestó: «Sírvasse el Rey tener un poco de paciencia, que estoy ofreciendo mi homenaje al Rey de reyes».

La asistencia diaria o muy frecuente a la Misa distingue las épocas de piedad sólida y verdadera. Es la mejor manera de comenzar el día en nombre de Jesús, según nos aconseja el Apóstol que hemos de comenzar todas nuestras obras; ningún otro medio ni práctica mejor para que el hombre diariamente tribute a Dios el obligado homenaje de adoración, expiación y agradecimiento, e implore de su infinita Bondad nuevos y copiosos beneficios. Ni son motivos que eximan a muchos cristianos la actividad moderna, la multiplicidad de la vida actual; antes al contrario, esta misma actividad y movilidad de la vida hacen más necesaria, en el hombre que quiere vivir espiritualmente, la asistencia a la Misa diaria; ya que en la frivolidad y vorágine

modernas, en medio de ese amor desenfrenado de lo presente y transitorio, y del general olvido de lo eterno, son más necesarios que nunca el silencio y recogimiento del templo, la contemplación sosegada de las cosas civiles, y, sobre todo, mayores gracias y auxilios de Dios; todo lo cual eficazmente se obtiene por medio del sacrificio del Cordero inmaculado. La Misa es una acumulación de fuerza sobrenatural que se comunica a los que la oyen, y con la que el hombre, haciéndose semejante a Jesús, vence al mundo y merece la corona de la gloria.

b) Piadosa y devotamente

No basta, sin embargo, que oigamos Misa; es menester oírla con toda piedad y devoción, propia de tan alto misterio. Si muchos cristianos de nuestros días se diesen cuenta de la excelencia y significación de la Misa, ¡de cuán distinta manera que hoy lo hacen asistirían a ella! Grande pena es ver frecuentemente la poca devoción, la indiferencia, y a veces hasta la irreverencia, con que asisten a Misa los fieles, aun los domingos.

Para asistir como lo desea la Iglesia, como lo exige la santidad y alteza del acto, no basta la sola presencia corporal, sino que se necesita la asistencia del alma y del corazón. Busca y quiere el Señor *verdaderos adoradores*, y éstos son los que le adoran «en espíritu y en verdad» (1). Y esa espiritual asistencia se logra con piadosas contemplaciones y devotas oraciones, adecuadas al acto que se celebra.

Aunque nada hay en este sentido particularmente mandado, en general, siendo la Misa el memorial del amor de Jesucristo hacia los hombres y la renovación del Sacrificio de la Cruz, es muy provechoso y recomendable meditar, mientras se ofrece, en los sufrimientos del Salvador y en su amor inmenso a nosotros, y a la vez ofrecernos nosotros

(1) Jn. 4, 24.

misimos a Dios en unión con Jesucristo. Y el modo más excelente, es seguir el rito y la oración del celebrante y unirse a él, valiéndose de algún piadoso Devocionario, siendo el mejor devocionario el mismo *Misal* o algún otro libro litúrgico y popular de los que hoy, afortunadamente, abundan, y que dan traducidas y explicadas las oraciones y ceremonias auténticas de la Misa. No cabe duda: la mejor teología, la mejor plática o instrucción sobre la Misa es la Misa misma.

Pero hay todavía una manera más excelente y cabal de oír la Santa Misa, una participación más inmediata y fecunda en el torrente de sus gracias y maravillosos efectos, y es—lo hemos explicado ya suficientemente—comulgar en ella, participar de la misma Víctima que sobre el ara, del altar por nuestra salvación se ofrece, sentarse a la misma Mesa que el sacerdote celebrante, y, comer los mismos manjares de tan sagrado y celestial banquete. Las oraciones de la Misa parecen constantemente suponer que los oyentes participan del Santísimo que allí se consagra, y la primitiva denominación que de la Misa hemos visto, *Fracción del pan*, era sin duda porque en ella solía repartirse a los asistentes la sagrada Comunión.

He aquí, pues, el acto más hermoso que desearíamos ver reproducido en nuestras iglesias, entre Nuestros amadísimos diocesanos: la Misa y la Comunión diaria; la Comunión—siempre que sea posible—dentro de la Misa, que es la Comunión más recomendable, la más perfecta y provechosa, la más litúrgica. Sin duda que la Misa así oída, diariamente, *Integramente*, litúrgicamente, sería el mejor acto de religión que pueden los hombres ofrecer a Dios, y a la vez uno de los mejores remedios y auxilios del género humano.

La Misa dialogada .

No queremos poner fin a esta Carta Pastoral sin dedicar unas palabras a este método peculiar y, en cierta manera, moderno, de oír Misa, acerca del cual tanto se ha dicho y escrito en estos últimos años (1).

Llámase *Misa dialogada* el método de asistir a la rezada, por el cual el pueblo responde al celebrante en unión con el ministro o acólito, y se asocia a él en el rezo de varias otras partes de aquella. Tiene por fin principal el conseguir una más íntima y activa participación de los fieles en los santos misterios, según la intención de la Liturgia y las reiteradas recomendaciones de la Iglesia, en particular de los últimos Pontífices. Y recuerda la práctica de los antiguos tiempos, en que los fieles respondían a las saluciones del celebrante, y recitaban o salmodiaban en común varias partes de la Misa. Aspira, al mismo tiempo, a ser una preparación para que el pueblo tome parte en el canto de la Misa solemne y cantada, según los constantes anhelos de la Iglesia. Por lo cual se ha dicho, no sin fundamento, que la Misa cantada es la Misa dialogada por excelencia, y ésta, camino para hacer aquella asequible y común a todo el pueblo.

El verdadero fundamento, pues, lo mismo de la Misa dialogada que de la cantada, está en esa activa participación del pueblo fiel, que en la celebración de la santa Misa pide la Liturgia; ya que, aun siendo la Misa simplemente rezada, es función esencial y eminentemente *pública*, esto es, para el pueblo y con su activa colaboración, bajo la acción sacerdotal y jerárquica del celebrante.

El movimiento actual en favor de esta forma de piedad litúrgica inicióse en Bélgica hacia 1912, con ocasión de las Semanas litúrgicas allí celebradas. La novedad de esta

(1) Puede verse «Manual de Liturgia Sagrada», por G. M. de Antioñana, C. M. F., t. n. 484.

práctica y más aún los excesos que en algunas partes se mezclaban, dieron lugar a que se propusieran dudas sobre su licitud a la Congregación de Ritos, la cual en su Decreto 4 de Agosto de 1922, sin declarar directamente como lícita la Misa dialogada, indirectamente la tenía por tal, aunque continuara mostrando sus preferencias por la práctica común, atendidos los inconvenientes que en aquella ordinariamente se seguían.

Fuése dicha práctica extendiendo e introduciendo en varios otros países, al propio tiempo que se eliminaban los abusos de los primeros tiempos, hasta que en 30 de Noviembre de 1935, consultada de nuevo la Sda. Congregación, declaró que corresponde al Ordinario juzgar en cada caso si, atendidas todas las circunstancias de lugar, población, número de Misas que a la vez se celebran, etc., dicha práctica, aunque laudable en sí misma, perturba, más bien que fomenta la devoción.

A tenor, pues, de estas resoluciones y de la doctrina común entre los Autores, establecemos para Nuestra Diócesis las siguientes normas:

1.^a Lícita y laudable en sí misma la práctica de la Misa dialogada, no debe introducirse indistintamente en cualquier parte, sin que antes preceda la conveniente preparación litúrgica y doctrinal de los fieles; no siendo de aconsejar, por lo común, en Misas generales de las parroquias, sobre todo con gran concurso de asistentes.

2.^a Más fácil, en cambio, es su introducción, y su uso menos expuesto a inconvenientes en el Seminario Diocesano, Comunidades religiosas, Colegios, Asociaciones piadosas, grupos selectos de Acción Católica o de otros seglares piadosos, etc.

3.^a De la práctica de la Misa dialogada debe eliminarse: a) el prescindir del ministro o acólito en las respuestas al celebrante y en el servicio del altar; b) el que el pueblo rece en voz alta las partes que exclusivamente

corresponden al celebrante, en especial las Secretas, el Canon y las palabras de la Consagración; c) el decir en voz alta la jaculatoria «Señor mío y Dios mío», u otra cualquiera, al tiempo de la elevación; d) el decir en tono de recitado las partes que propiamente corresponden a la «Schola Cantorum», como el Introito, Gradual, Ofertorio, etc.; e) el decir con el celebrante en el mismo tono de recitado el *Pater noster*, contra la antiquísima tradición de la Iglesia que lo reserva a solo el Sacerdote.



CONCLUSION

Es preciso terminar. No acabaríamos nunca, ni cuanto pudiéramos decir o pensar sobre las excelencias del augusto Sacrificio de nuestros altares sería bastante; ya que, en expresión de San Alberto Magno, está más lleno de misterios este Sacrificio que el mar de gotas de agua, el firmamento de estrellas y el cielo de ángeles. Pero ciertamente que lo dicho es suficiente para que todos los fieles diocesanos Nuestros puedan concebir más alta y clara idea de la santa Misa y, conociéndola mejor, más la estimen y más frecuente y devotamente la oigan, y arreglen su vida y sus costumbres con lo que demanda la santidad de tan altos misterios y la condescendencia infinita de Dios, que los realiza constantemente en beneficio de los hombres.

Dos antítesis

Dos grandes contrastes o antítesis maravillosas—diremos con un apologista de nuestros días—se están verificando todos los días ante nuestros ojos: sublime la una, por la misericordia inmensa de Dios, y triste la otra, por la mezquina ruindad de los hombres.

La primera antítesis es que mientras el mundo está continuamente ofendiendo a Dios, Dios está continuamente sacrificándose por el mundo. En medio de ese vertiginoso torbellino de maldad y de pecado que por doquier nos envuelve y atosiga; cuando del ara de los hijos del demonio, manchada de víctimas sucias que provocan las iras de Dios, se difunde por toda la sobrehaz de la tierra el humo hediondo y pesado de la maldad, que pretende llegar hasta el

trono del Señor: del altar de los hijos de Dios, en que se sacrifica por nosotros el Cordero sin mancha, sube al cielo, cual incienso oloroso, el sacrificio agradable por nuestros pecados, gracias al cual vivimos y no nos vemos envueltos —como merecíamos— en las oleadas de un nuevo diluvio ni en las devoradoras llamas de Pentápolis.

La otra antítesis es la de tantos cristianos indiferentes que, mientras Dios está continuamente sacrificándose por ellos, ellos ni asisten a ese sacrificio ni piensan en él; y aun les parece demasiado costoso el asistir media hora a la Misa obligatoria de las fiestas. Jesucristo está pidiendo por nosotros, satisfaciendo por nosotros, abogando, adorando, dando gracias en nuestro nombre, y anonadándose para ello por nosotros; y nosotros mientras tanto, como si nada de esto nos importase... ¡estamos ausentes! Dios se sacrifica por nosotros. Nosotros nos sacrificaremos por cualquier cosa antes que por asistir a Misa mientras Dios se sacrifica.

Pues qué, ¿no es por ventura—en nuestra España católica, y concretamente en nuestra amada Diócesis de Málaga—uno de los escándalos públicos que lamentamos la falta de oír Misa los días festivos? ¿No es verdad que hay turbas de cristianos, clases enteras de la sociedad, que no van a Misa los días de obligación, que dejan poco menos que solo al sacerdote, el cual a lo mejor ha tenido que recorrer a pie y en ayunas unos cuantos kilómetros para poder celebrar en determinado pueblo? ¡Siquiera oigamos Misa los días de fiesta! ¡Y oigámosla bien!

Y los demás días, no es que hayamos de dejar nuestra obligación por la Misa; pero sin dejar nuestras obligaciones ¡cuántos hay en la sociedad que con muy leve trabajo podrían oír Misa diaria! ¡Cuántas personas devotas que tienen y no omiten otras devociones y prácticas piadosas, y descuidan la mejor y más provechosa de todas las devociones: la santa Misa! Una sola Misa da más gloria a Dios que todas las penitencias y las buenas obras

de los Santos. Una piadosa virgen, anhelando glorificar a nuestro Señor en cierta ocasión, exclamaba: «oh ¡si tuviese mil lenguas... si pudiese animar a todos los hombres... si pudiese crear nuevos cielos!» Y oyó una voz celestial que le dijo: «Amada hija, una sola Misa puede procurarme una alabanza incomparablemente mayor y más grata que tú con todos esos deseos. Oye con diligencia la santa Misa y ofrécame la alabanza que con ella consigo, y así podrás glorificarme según tus deseos, y cumplir tus ardientes votos»

Exhortación final

No cabe duda: la santa Misa es uno de los espectáculos más gratos a Dios, más educativos del pueblo cristiano, más agradables y provechosos al corazón devoto. Es el rito no solo *fundamental* sino *universal* de la vida cristiana. Sin ella no concebían la piedad nuestros antepasados, quienes, al decir del Cardenal Bona, ejercían todas las funciones sagradas y eclesiásticas, la administración de los Sacramentos y cualesquiera bendiciones dentro de la solemnidad de la Misa; puesto que la última perfección y consumación de todo es la Eucaristía, de la cual todo recibe su fuerza energética y su santidad» (1).

¡Ojalá fuera hoy por todos bien comprendido nuestro Sacrificio para que llegara su *fuerza energética* a toda manifestación de vida, en todos los órdenes, y constituyese el amor predominante de la piedad cristiana y la perenne devoción de nuestras almas!

Esfuércense en ello con todo ahinco Nuestros carísimos cooperadores, predicando e instruyendo oportunamente a niños, jóvenes y mayores. Colaboren, secundando los deseos de la Sagrada Congregación del Concilio, las Hermandades Sacramentales, Asociaciones Eucarísticas de toda clase, y diversas Ramas de Acción Católica. Emprendamos todos una tenaz y gloriosa Cruzada a favor de la santa Misa; seguros

(1) Bona, *Rer. Liturg.*, I. 2, c. 14, V.

de que si se extendiese el uso de oír Misa con devoción, diaria o frecuentemente, lograríamos uno de los mejores favores del Cielo; y si todos los que así oyesen Misa recibieran en ella la Comunión, podríamos esperar muy fundadamente un reflorecimiento inmenso de la piedad cristiana, «sería realmente el Santo Sacrificio—para terminar con las palabras con que lo hace la repetida INSTRUCCION—fuente de vida y santidad para la salvación del mundo».

Que nuestra Inmaculada Madre la Virgen Santísima de la Victoria, Patrona excelsa de la Diócesis de Málaga, Ella que de un modo tan íntimo asistió al sacrificio del Calvario y fué constituida, allá al pie de la cruz, Cooperadora de la salvación humana, os alcance—Hermanos e Hijos carísimos—las bendiciones divinas, que de todo corazón imploramos, y en prenda de las cuales os otorgamos la Nuestra en el nombre del † Padre, y del † Hijo, y del † Espíritu Santo.

Dado en Málaga, festividad de la Purificación de Nuestra Señora, 1942.

† BALBINO, OBISPO DE MÁLAGA



Por mandato de S. E. R.
el Obispo, mi Señor,

LIC. MANRIQUE MORENO, Can.*
Canciller-Secretario

* Léase esta Carta Pastoral en varios días festivos inmediatos a su recibo, en la Santa Iglesia Catedral, en todos los templos u oratorios públicos de la Diócesis y en Nuestro Seminario Conciliar.

ESQUEMA DE LA PASTORAL

PREAMBULO

Página

Razón del tema.....	88
Necesidad de conocer la Misa.....	89

I

Distintos aspectos de la Eucaristía.....	91
Sentido litúrgico de la Misa.....	92
Genuina noción del sacrificio en general.....	93
El sacrificio, esencialmente latréutico.....	95
Carácter propiciatorio.....	96
El Sacrificio de la Cruz.....	97
Cuál sea el sacrificio propio de la Ley Nueva.....	99
El Cenáculo, el Calvario y el Altar.....	101

II

El Sacrificio del Altar.....	103
En qué consiste propiamente.....	104
Historia de la liturgia de la Misa.....	107
Lo que vale la Misa.....	112
Aplicación de estos valores.....	115
La Comunión dentro de la Misa.....	119
Cómo se ha de oír Misa:.....	122
a) Frecuentemente.....	122
b) Piadosa y devotamente.....	125
La Misa dialogada.....	127

CONCLUSION

130

Dos anátesis.....	130
Exhortación final.....	132

APENDICE

Instrucción de la Sda. Congregación del Concilio sobre la santa Misa.....	135
--	-----

DECRETO
CONCEDIENDO DISPENSA EXTRAORDINARIA
DE AYUNOS Y ABSTINENCIAS,
EN RELACION CON LA SANTA BULA

Como es sabido y puede verse en la Sección de Documentos de la Santa Sede de este número de nuestro BOLETIN, la Santidad del Papa felizmente reinante, en atención a las difíciles circunstancias económicas por las que actualmente atraviesa el mundo, se ha dignado benigna y paternalmente otorgar a los Rvmos. Ordinarios de todo el orbe católico facultades extraordinarias en orden a dispensar de la ley general de ayuno y abstinencia.

Pero, al propio tiempo, recomienda nuestro Santísimo Padre que los fieles todos, singularmente el Clero y los religiosos de uno y otro sexo, en compensación de los ayunos y abstinencias que les fueren dispensados, ofrezcan a Dios voluntariamente otras obras de mortificación y penitencia y de cristiana caridad para con los pobres y los enfermos.

Profundamente reconocidos a la conmiseración y benignidad paternal del Romano Pontífice ante los dolores y privaciones inmensas en que todos los pueblos se hallan sumergidos, queremos por Nuestra parte usar de tan singulares y extraordinarias atribuciones en beneficio y alivio de Nuestros amadísimos diocesanos.

Mas con el fin de no privarles de las espirituales gracias e indulgencias que para España y sus dominios viene concediendo tradicionalmente la Santa Sede, mediante el inestimable Indulto de la Santa Bula; y como por otra parte entendemos que la mejor limosna y obra de caridad, que los fieles pueden hacer para secundar los augustos deseos y encargo de Su Santidad, es el exiguo óbolo que para altísimos fines piadosos y benéficos se exige a los que han

de tomar la Bula que, según su posición económica, les corresponde: hemos resuelto — al igual que lo vienen haciendo varios otros dignísimos Prelados — condicionar la nueva y extraordinaria concesión, relacionándola con la Santa Bula, que debe estimar y adquirir oportunamente todo aquel que se precie de buen español.

En consecuencia, mientras duren las presentes circunstancias, venimos en disponer:

1.º Cuantos en el presente año — sean clérigos o legos — tomaren el Sumario o Bula de Cruzada y el Indulto cuadragésimo de la categoría que les corresponde según sus haberes, quedan dispensados de todos los ayunos y abstinencias, a excepción solamente del ayuno del Miércoles de Ceniza y del ayuno y abstinencia del Viernes Santo, los cuales subsisten en vigor.

2.º Las mismas amplísimas dispensas gozarán todos los pobres, aun sin tomar la santa Bula, que no les obliga.

3.º Los que, no siendo pobres, rehusaren tomar la santa Bula, no gozarán ni de las gracias y dispensas que ésta concede, ni de esta nueva ampliación; quedando, por tanto, obligados al cumplimiento de la ley eclesiástica en toda su extensión; según la cual (can. 1252) deberán guardar en el año:

Abstinencia sin ayuno, todos los viernes del año;

Abstinencia y ayuno, el Miércoles de Ceniza, todos los viernes y sábados de Cuaresma, los tres días de cada una de las cuatro Téporas, y las vigiliias de Pentecostés, Asunción, Todos los Santos y Navidad;

Ayuno sin Abstinencia, todos los restantes días de Cuaresma, exceptuados los domingos y el Sábado Santo después de mediodía, y advirtiéndolo — en cuanto a la forma — que, sin el privilegio de la Bula, en los días de ayuno no se pueden comer huevos, lacticios ni pescado fuera de la comida principal, a no haber costumbre en contrario.

4.º En cuanto a los militares, seguirán rigiéndose por

el especial privilegio que la Santa Sede se ha dignado prorrogar por el presente año, y cuya síntesis puede verse en la Sección de Cultura de este mismo BOLETÍN. Los Generales, Jefes y Oficiales que, además, tomen la Bula e Indulto Cuadragésimo correspondientes a su clase, gozarán de las gracias y privilegios de la Bula y podrán también acogerse a la dispensa especialísima, quedando solamente obligados al ayuno del Miércoles de Ceniza y al ayuno y abstinencia del Viernes Santo.

5.º Cuiden los Rectores de todas las iglesias y Confesores de explicar bien todas estas disposiciones a los fieles, con el fin de formar rectamente su conciencia y evitar ansiedades y tergiversaciones.

6.º Según la mente de la Santa Sede, exhortamos a todos los fieles y especialmente a los Eclesiásticos y a los religiosos y religiosas de nuestra Diócesis, a que practiquen actos piadosos de mortificación voluntaria, obras de caridad con enfermos o indigentes y preces por la intención de Su Santidad, en amorosa correspondencia a la extraordinaria gracia recibida.

Una limosna muy oportuna y meritoria con que corresponder a este nuevo y singular privilegio o concesión de la Santa Sede y lucrar, además, otra indulgencia plenaria, podría ser adquirir el novísimo Sumario de la Bula para reconstrucción de templos.

Dado en Málaga, 12 de Febrero de 1942

† BALBINO, OBISPO DE MÁLAGA

Léase este Decreto en todas las iglesias y oratorios de Nuestra jurisdicción.

DECRETO CONCEDIENDO FACULTADES EXTRAORDINARIAS E INDULGENCIAS PARA LAS SANTAS MISIONES

Atendidas las circunstancias especiales del tiempo de Santa Misión, en el que, con la gracia divina, se mueven las almas a penitencia y se hacen propósitos de conformar la vida a las normas fijadas por las leyes de Dios Nuestro Señor y de su Iglesia; ajustándonos a la práctica seguida, hemos decretado prestar toda suerte de facilidades para la consecución de estos santos fines, concediendo a los reverendos PP. Misioneros, Párrocos y Encargados de Parroquias y Confesores, todas las facultades que podemos delegar, y aplicando a los fieles las gracias espirituales que a la benignidad de la Sede Apostólica debemos.

En su virtud, en cualquiera de las iglesias de Nuestra Diócesis donde se celebre la Santa Misión, dispuesta o autorizada por Nós, concedemos las facultades e indulgencias que a continuación se expresan:

I. FACULTADES

A. A los Rvdos. Misioneros, Párrocos, Encargados de Parroquias y Confesores

1.º Durante el tiempo de la Santa Misión, bendecir objetos de piedad con el signo de la cruz; y aun cuando presenten muchos y diversos objetos a la vez, pueden bendecirlos, haciendo la señal de la cruz, con esta fórmula común: *Benedicat haec omnia Deus, Pater et Filius et Spiritus Sanctus. Amen.* (Quinquenales, Sda. Congr. Rit., núm. 5).

2.º Absolver a los fieles durante el tiempo de la Misión y en los diez días siguientes, en el fuero interno de la

conciencia, de los pecados a Nós reservados por derecho común o por disposiciones diocesanas (can. 893-899 § 3, y 2.253 § 3.º).

3.º Absolver de censuras y penas eclesiásticas a aquellos que hubieren leído a sabiendas o hubieren retenido libros de apóstatas, herejes, o cismáticos, que propugnen la apostasía, la herejía o el cisma, imponiéndoles una penitencia saludable proporcionada, con la obligación de destruir los dichos libros antes de la absolución, si es posible, o de entregarlos al Ordinario o al Confesor (Quinq., Sda. Penit., n. 2.º)

4.º Absolver de las censuras a aquellos que hubieren impedido directa o indirectamente el ejercicio de la jurisdicción eclesiástica, sea en el fuero interno o externo, recurriendo a este fin a cualquiera potestad secular (Quinq., Sda. Penit., n. 3.º).

5.º Absolver de las censuras y penas eclesiásticas establecidas contra el duelo, tan sólo en los casos que no se hubieren llevado al fuero externo, imponiéndoles una grave penitencia saludable y las demás cosas que de Derecho hubieren de imponerse (Quinq., Sda. Penit., n. 4.º).

6.º Absolver de las censuras y penas eclesiásticas a los que hubieren dado su nombre a la secta masónica o a alguna de las asociaciones de igual naturaleza que contra la Iglesia o las legítimas potestades civiles maquinan, con la condición de que se separen de la dicha secta o asociación y abjuren sus errores y doctrinas, y según el canon 2.333 § 2, denuncien a las personas eclesiásticas y religiosas que hubieren conocido adscritas a las repetidas sectas, y entreguen en manos del confesor escritos, libros y signos de aquellas que tuvieran, y transmitirlos a la Suprema Congregación del Santo Oficio, o, al menos, si lo exigieren graves y justas causas, los destruyan, imponiéndoles una grave penitencia proporcionada a las culpas y a la obligación de reparar los escándalos dados (Quinq., Sda. Penit., n. 5.º).

*B. A los Sres. Párrocos y Encargados de
Parroquias*

1.º Sacar procesionalmente el Rosario de la Aurora durante la Santa Misión; celebrar una procesión pública de penitencia recitando el Via-crucis, y exponer el Santísimo Sacramento fuera de la Misa.

2.º Autorización para dispensar de proclamas durante la Santa Misión, en orden a celebrar matrimonios, con los que viven en mal estado, y en los casos de peligro de honra o daño grave (can. 1028).

3.º Item, para que en la tramitación de los expedientes matrimoniales referentes únicamente a los casos dichos anteriormente, se puedan servir de los modelos antiguos en vez de los mandados recientemente emplear conforme a la Instrucción de la Santa Sede.

4.º Dispensar del impedimento oculto de crimen, con tal que se haya contraído sin maquinación, y se trate de matrimonio ya contraído, advirtiéndolo a los putativos cónyuges de la necesidad de renovar el consentimiento secretamente, e imponiéndoles grave, duradera y saludable penitencia. También podrán dispensar del mismo oculto impedimento, con tal que igualmente sea sin maquinación, a los que han de contraer matrimonio, impuesta asimismo grave, duradera y saludable penitencia (Quinq., Sda. Penit., n. 8.º).

5.º Todas las facultades relativas a absolución de pecados o censuras, y a la celebración del Sacramento del Matrimonio, se entenderán prorrogadas durante los diez días inmediatamente consecutivos a la Misión, dentro de la parroquia donde ésta se ha dado.

II. INDULGENCIAS

1.^a Por concesión de Nuestro Santísimo Padre se otorga **INDULGENCIA PLENARIA** a todos los fieles que, habiendo escuchado la mitad, por lo menos, de los sermones de la Santa Misión, reciban debidamente los Santos Sacramentos de Penitencia y Comunión (Quinq., n. 10).

Por Nuestra parte, concedemos 50 días de indulgencia por asistir a cada uno de los piadosos ejercicios.

Es oportuno recordar a los fieles las gracias y privilegios de la Santa Bula de Cruzada, algunos de los cuales podrán ser utilizados provechosamente durante el tiempo de la Santa Misión.

Dado en Málaga, a 12 de Febrero de 1942.

† BALBINO, OBISPO DE MÁLAGA

CIRCULARES

I

SOBRE EL DIA DEL PAPA

Habiendo de celebrarse este año en el mes de Mayo la solemnidad del Jubileo Episcopal de Su Santidad el Papa, se reservan para entonces los actos solemnes, que oportunamente se anunciarán, con los que hemos de demostrar al Padre común nuestra filial devoción y profunda gratitud.

Por lo que en el próximo III aniversario de su Coronación, suspendiendo por esta vez todo otro acto y solemnidad, únicamente mandamos que los fieles todos, uniéndose a la oración litúrgica del Clero, en los días 2 y 12 de Marzo, aniversarios de su elección y coronación pontificias, eleven fervientes plegarias y ofrezcan Comuniones para impetrar del Altísimo copiosas gracias y poderosos auxilios para el Pastor supremo de la grey cristiana.

II

DISPOSICIONES Y MANDATOS

PARA LA CUARESMA

Con el fin de que durante ese santo tiempo que se avecina sea más fructífera y eficaz la misión pastoral de Nuestros amadísimos cooperadores, y para que su conciencia y la Nuestra quede tranquila con el cumplimiento fiel de los sagrados deberes que a Nós y a ellos incumben, venimos en disponer:

1.º Durante todo este santo tiempo, ni los prebendados de la Catedral, ni los Párrocos y Coadjutores podrán ausentarse del lugar de su residencia sino en casos de urgente necesidad y previo Nuestro beneplácito (cáns. 418 § 2.º; 465 § 2.º; 476 § 5.º).

2.º Procurarán los Párrocos que todos los niños de su feligresía, desde los siete años poco más o menos, reciban la sagrada Comunión pascual convenientemente preparados; dedicando dos días, por lo menos, en semana a preparar especialmente a los de Primera Comunión, y dando a este acto la mayor solemnidad posible (cáns. 1330, § 2.º y 854).

Recuerden también a este propósito la obligación de leer a los fieles en el tiempo del Precepto y en lengua vulgar el Decreto Pontificio *Quam singulari* de 8 de Agosto de 1910 (Cfr. BOL. 1938, p. 119).

3.º La Catequesis parroquial para niños durante la santa Cuaresma téngase, además de los domingos, al menos dos días por semana (can. 1330).

4.º Procuren asimismo todos los que tienen cura de almas intensificar la educación religiosa de los adultos, predicando con más frecuencia a los fieles y excitándoles con celo apostólico a la penitencia, austeridad de vida y reforma de costumbres (can. 1346). Y en sus instrucciones no dejen de explicar clara y sencillamente la ley del ayuno y

la abstinencia, el privilegio de la Santa Bula y la obligación de contribuir al sostenimiento del culto y Clero.

5.º Muy laudable y provechoso será que los señores Curas proporcionen a sus feligreses en la Cuaresma confesores forasteros, que al mismo tiempo les exhorten y dispongan a recibir los sacramentos de la Confesión y Comunión pascual, con algunas prácticas especiales.

6.º Durante todo el tiempo fijado para el cumplimiento pascual, deben ser cuantos tienen cura de almas muy solícitos para sentarse en el confesonario lo más temprano posible y aun sin ser requeridos por los fieles. Y sepan que gozan en todo ese tiempo de las facultades extraordinarias siguientes:

Los Párrocos, Eónomos y Encargados de parroquias, al tenor del § 3 del canon 899, pueden absolver de los casos en esta Diócesis reservados a Nós; y por Nuestra parte concedemos la misma facultad durante el tiempo pascual del presente año a todos los sacerdotes seculares o religiosos que tengan licencias de confesar en esta Diócesis. A unos y a otros concedemos también que, durante el tiempo del cumplimiento pascual, puedan absolver de los pecados y censuras reservadas a Nós por derecho común, *servatis servandis*. Dentro de este mismo tiempo pascual debe recordarse a los fieles cuáles son los pecados reservados en esta Diócesis, anunciándoles la mayor facilidad que tienen durante el tiempo pascual de poder obtener la absolución de los mismos. Al conceder ésta, procurarán los confesores hacer comprender al penitente la gravedad de su culpa, y le impondrán proporcionada y saludable penitencia.

7.º Ordenamos a todos los Capellanes y Sacerdotes encargados del servicio espiritual de colegios, hospitales o asilos de Nuestra Diócesis que, atentos al grave deber que por ley de la Iglesia, y por la naturaleza misma de su ministerio les incumbe, hagan por espacio de media hora, dos

veces por semana en la Cuaresma, y una, al menos, en el resto del año, una explicación catequística a los alumnos o asilados, durante todo el tiempo que fueren tales Capellanes o Encargados; como también, que oportuna y especialmente les preparen para el cumplimiento pascual.

8.º Declaramos que el tiempo hábil para el cumplimiento pascual será el comprendido entre el miércoles de Ceniza (18 de Febrero) y el día de la Octava del Sagrado Corazón (19 de Junio), en virtud de facultades extraordinarias otorgadas por la Santa Sede (1).

9.º Además del Santo Rosario, que no dejará de rezarse ningún día en todos los templos parroquiales del Obispado, es Nuestra voluntad que se haga al menos los miércoles y viernes y—si fuese posible—diariamente, el piadoso ejercicio del Vía Crucis, a la hora más conveniente para el concurso de fieles.

10.º Los días de Jueves, Viernes y Sábado santo, se celebrarán en todas las parroquias e iglesias filiales los Divinos Oficios de la mañana, teniendo el Santísimo en el Monumento veinticuatro horas, y cuidando que haya turnos de adoradores constantemente. Pero se advierte que está prohibido colocar el Monumento en el Altar Mayor.

III.

SOBRE LA IMAGEN DEL AMOR MISERICORDIOSO

Teniendo en cuenta las reiteradas declaraciones que, con carácter particular, ha hecho la Santa Sede (v. nuestro BOL. de Enero, p. 71), por las cuales consta no contar con su aprobación ni con su beneplácito la nueva forma de representar al Redentor Crucificado bajo la advo-

(1) Donde se celebren Misiones o Ejercicios espirituales, pueden los fieles cumplir con el precepto, con tal motivo, en cualquier época del año (v. Bol. 1958 p. 114).

cación de *El Amor Misericordioso*; en virtud de Nuestras facultades ordinarias y del deber de vigilancia que Nos impone el canon 1261 § 1, para que en el culto divino —público o privado— no se admita cosa ajena a la fe o que desdiga de la tradición eclesiástica: mandamos retirar del culto, en cualquiera de las iglesias u oratorios enclavados en el territorio de la Diócesis, las imágenes que en dicha forma representan a Jesucristo, denominadas de *El Amor Misericordioso*, mientras no obtengan la aprobación oficial de la Iglesia.

Málaga, 12 Febrero, 1942

† EL OBISPO DE MÁLAGA

CANCELLERIA EPISCOPAL

CIRCULAR

Sobre la Coronación Canónica de Ntra. Señora de la Victoria

Su Excia. Rvma. me encarga ruegue en su nombre a los Sres. Curas que secunden con diligencia y entusiasmo las iniciativas propuestas por la Junta Diocesana constituida para organizar las fiestas de la Coronación de la Sma. Virgen de la Victoria, a fin de que el piadoso y filial homenaje que se le ofrezca sea un tributo de veneración y de amor de la Diócesis entera, de que es celestial Patrona y protectora.

Málaga, 12 de Febrero, 1942.

LIC. MANRIQUE MORENO, Canónigo,
Canciller-Secretario

NOMBRAMIENTOS

Su Excia. Rvdma. ha tenido a bien hacer los siguientes:

I. Curia Diocesana

- 26 XI 41 Don Francisco Sola Avilés, Miembro del Consejo de Vigilancia de Doctrina.

II. Seminario Diocesano

- 26 XII 41 Don Francisco Rodríguez Gallego, Profesor.

III. Movimiento Parroquial y Cargos varios

- 7 X 41 R. P. Marcelino García Santos, O. S. A., Capellán de las Siervas de María, de Málaga.
- 9 „ „ Don Tomás Alonso Jiménez, Capellán del Colegio de la Asunción, de Málaga.
- 28 „ „ Don Pedro Martos Rodríguez, Capellán de las Religiosas Mercedarias, de Málaga.
- „ „ „ Don Fernando Garro Garcés, Encargado provisionalmente de Torre del Mar y sus anejos Almayate y la Caleta.
- 10 XI „ R. P. Dionisio Nogales, Carmelita Calzado, Vicario Rector de Santa Maria la Mayor, de Antequera.
- 27 „ „ Don José M.º Almagro Vázquez, Ecónomo de Sedella y Encargado de Salares.
- 28 „ „ Don Julio Martos, Coadjutor de Marbella y Encargado de Istán.
- 5 XII „ Don Antonio Blanco Cardona, Encargado de Carratraca.
- „ „ „ Don Jerónimo Troya Ramírez, Capellán de las Hermanitas de los Pobres y Adscrito a la Parroquia del Socorro de Ronda.
- 9 „ „ Don Manuel Sánchez Ariza, Encargado de San Pedro Alcántara y de Benahavís.
- 18 „ „ Don Eduardo Arroyo Muñoz, Capellán del Sanatorio Marítimo Nacional de Torremolinos.

- 18 XII 41 Don Ildefonso Sevillano Cordero, Capellán de la Clínica de Reposo y del Asilo de Ntra. Sra. de los Angeles, de Málaga.
- 26 » » Don Pedro Martos Rodríguez, Coadjutor de Ubrique y Encargado de El Bosque y Benamahoma.
- » » » Don José Campos Giles, Ecónomo de Cartajima y Encargado de Parauta, Igualeja y Pujerra.
- 12 I 42 Don José Reguera Cubo, Adscrito a la Parroquia de San Felipe, de Málaga.
- 23 » » Don Mateo Bohórquez Menacho, Ecónomo de Cortes de la Frontera.
- » » » Don Fulgencio González Fernández, Capellán de las Terciarias Franciscanas del Puerto de la Torre y Coadjutor Encargado de dicha Barriada y Colonia de Sta. Inés.
- 10 II » R. P. Isidro Sánchez Velasco, Cisterciense, Capellán de Santa Ana del Cister, de Málaga.
- » » » Don Rafael López-Espinosa López, Capellán de las Religiosas Amantes de Jesús del Sanatorio del Dr. Bustamante, de Málaga

IV. Confesores de Religiosas

- 27 IX 41 Don Francisco López, S. S., *Ordinario* de las Franciscanas Descalzas, de Ronda.
- 9 X » R. P. Ambrosio García Hidalgo, O. S. A., *Ordinario* de las Esclavas Concepcionistas, de Málaga.
- 7 XI » Don Fernando Garro Garcés, *Ordinario* de las Hijas de la Caridad del Asilo de Torre del Mar.
- 8 » » R. P. Narciso Arnáiz, C. M., o el Padre a quien él designe, *Extraordinario* de las Hijas de la Caridad del Asilo de Torre del Mar.
- 18 XII » R. P. Máximo Prado, O. M. I., *Extraordinario* del Monasterio de San Bernardo, de Málaga.
- » » » R. P. Máximo Prado, O. M. I., *Extraordinario* del Monasterio de la Sma. Encarnación, de Málaga.
- » » » Don Francisco Palomo Lara, *Ordinario* de la Comunidad del Hospital Civil, de Málaga.

- 18 XII 41 Don Ildefonso Sevillano Cordero, *Ordinario* de las Hijas de la Caridad del Asilo de San Juan de Dios (Goleta), de Málaga.
- 26 » » R. P. Dionisio Nogales, Carmelita Calzado, *Ordinario* de las Dominicas, de Antequera.
- 29 » » Don Ildefonso Sevillano Cordero, *Ordinario* de Ntra. Sra. de los Desamparados y San José de la Montaña, de Málaga.
- » » » Don Pedro Gutiez Garcia, *Ordinario* de las Hospitalarias del Sdo. Corazón (Clínica de Reposo), de Málaga.
- 30 » » Don Julio M.^a Cortés, *Ordinario* de la Comunidad del Instituto de Sordomudos, de Málaga.
- 9 I 42 R. P. Andrés Pérez de Toledo, O. S. A., *Ordinario* de la Sagrada Familia de la calle Madre de Dios, de Málaga.
- 12 » » Don José Carrasco Panal, *Ordinario* de las Hijas de la Caridad del Sanatorio de la Legión, de Ronda.

CONFERENCIAS MORALES DEL CLERO

I. Temas para el 24 de Marzo

Ex Theol. Dogm. Iustificatio consistit in infusione gratiae sanctificantis, intrinsece et permanentemente animae inhaerentis, qua peccata vere delentur, et quae nos efficit consortes divinae naturae, filios Dei adoptivos, et haeredes vitae aeternae.

Ex Theol. Mor.—De praeceptis Ecclesiae. De III praecepto. Eius subiectum, extensio et conditiones ad impletionem. De IV praecepto. Quid praecipiat et quos obliget. Tempus paschale. Praecepti adimpletio.

CASUS

Episcopus in dioecesi hispanica X tempus paschale non prorogavit. Caius dominica in Albis sacrilegam communionem recepit; iterum tamen in statu gratiae Eucharistiam festo Ascensionis Domini sumpsit.

Satisfecitne Caius praecepto paschalis communionis?

Ex Theol. Past. Documentorum expeditio et classes. Uniuscuiusque forma. Quando adhibendae sunt. Documenta requirenda ad matrimonium. Acta consensus vel consilii paterni. Petitio dispensationis impedimentorum. Evacuatio commissionis a paracho. Publicationes. Adnotatio. Quot adnotationes faciendae.

II. Solución al caso de Enero

1. Sempronio no pecó, al revelar el caso a su párroco, para pedirle consejo.

2. El miedo racional no era causa suficientemente proporcionada para excusar a Sempronio de impedir el crimen que perpetraría Antonia, en el caso de guardar el secreto. El daño gravísimo a un inocente, que le causaría precisamente Antonia, la que le confirió el secreto, era motivo bastante para quitar la obligación del secreto, siempre que éste se revelara sin faltar a las leyes de la prudencia.

3. Al párroco, si exclusivamente se le pidió un consejo en el asunto, no le correspondía haber hecho más. Podía, sí, haber convenido con Sempronio en ser su intermediario delante de los padres de Antonia, y con prudencia luego manifestarles el hecho.

4. María no debió escuchar. El secreto la obligaba más que a los otros, por haberlo robado. Sus razones no eran suficientes para poder descubrirlo.

5. Obró bien el médico. Hoy se suele ampliar mucho la fuerza y límites del secreto riguroso. No conviene que sobre este particular impongamos a los médicos católicos otro criterio distinto del que tienen los demás profesionales, no vayamos a mermar la confianza que en ellos se debe depositar, y a la que mejor que ningún otro son acreedores.



ADMINISTRACION DIOCESANA

DELEGACION DE LA STA. CRUZADA

Aviso de interés

Deseando nuestro Rvmo. Prelado compensar, aunque sea en la escasa medida que permite el cinco por ciento de la recaudación asignado a la Administración Diocesana para gastos, el celo e interés, y, a la vez, el trabajo de los Sres. Curas Párrocos en el despacho de Bulas; ha dispuesto que en la Predicación de este año 1942 quede a favor de los referidos Sres. Curas el *uno por ciento* del importe de los Sumarios que despachen en sus parroquias, con tal que presenten en esta Delegación las liquidaciones con la debida diligencia.

No deben los Sres. Curas hacer anotación ninguna referente a este uno por ciento en las notas de devolución que entregan junto con los Sumarios sobrantes; sino, al tiempo de hacer las entregas, las anotarán en los recibos por su valor nominal, aunque previamente hayan descontado en su favor la cantidad que les corresponda percibir en concepto del repetido uno por ciento.

Con esta ocasión se recuerda a todos que las notas de devolución deben presentarse en esta Delegación, *precisamente* en los impresos que todos reciben junto con los Sumarios; que no deben tener enmiendas ni tachaduras; y, por fin, que, antes de finalizar el año 1942, deben todos practicar las liquidaciones; a excepción de aquellas parroquias en las que se suelen despachar Bulas hasta los días próximamente anteriores a la Predicación del año siguiente, como sucede con algunas de la Capital y de las principales poblaciones de la Diócesis.

Málaga, 16 de Febrero, 1942.

El Delegado Administrador

Rafael Contreras

SECCION CANONICA

DOCUMENTOS DE LA SANTA SEDE

ACTA PONTIFICIA

I. MOTU PROPRIO acerca de la Obra Pontificia de Vocaciones sacerdotales. 4-XI-941 (AAS, XXXIII, 479) (BOL. 1942, p. 42).

II. CONVENTIO inter Sanctam Sedem et Gubernium Hispanicum. 7-VI-941 (AAS, XXXIII, 480) (BOL. 1941, p. 448).

III. LETRAS APOSTOLICAS.—A. Se eleva al rango de Basilica menor el templo de S. Francisco de Asis o santuario de la Inmaculada, de Girgenti (Italia). 2-VII-941 (AAS, XXXIII, 482).

B. Beatificación de la Ven. *Magdalena de Canosa*, Fundadora del Instituto de Hijas de la Caridad. 7-XII-941 (AAS, XXXIII, 483).

De la descendencia de la Condesa Matilde, la que en el siglo XI dió hospitalidad a San Gregorio VII cuando huía de las iras del emperador Enrique IV, nació la Bta. Magdalena el 2 de Marzo de 1774, en Verona. Huérfana de padre, a los seis años hubo de separarse de su madre que contrajo nuevas nupcias, y fué encomendada a un aya que no la comprendía, y le hizo por tanto saborear, ya desde entonces, el sabor dulce de la cruz. A los quince años se consagró a Dios en el Carmelo, renunciando a un ilustre título que se le ofrecía con las bodas. Allí debió de brotar su vocación de fundadora. Esta se concretó más adelante en la fundación de las Hijas de la Caridad, como planta de tres ramas: Hospitales, Catecismo, Escuelas; primera Institución de este género creada en Italia, precisamente cuando Napoleón cerraba los conventos. Hoy cuenta en Italia con 266 casas y 5.000 religiosas; otra casa y noviciado en Inglaterra; tres en la Argentina...; misiones en Hong-Kong y otros puntos de China y Asia... El 10 de Abril de 1835, festividad de la Virgen de los Dolores, entregó Magdalena su alma a Dios, murmurando sus labios la Salutación Angélica.

Se introdujo la causa de beatificación el 15 de Febrero de 1887. Fue declarada Venerable el 6 de Enero de 1927. La aprobación de los milagros tuvo lugar el 15 de Agosto de 1941 (BOL. 1941, p. 860), y el Decreto De Tuto el 16 de Noviembre del mismo año (véase en la pág. 154).

IV. CARTAS.—A. A la Orden de la Visitación de Ntra. Señora, en el III Centenario de la muerte de Sta. Juana Francisca Fremiot de Chantal 4-XI-941 (AAS, XXXIII, 490).

B. Al Emmo. Sr. Cardenal Ascalesi, Arzobispo de Nápoles, en sus bodas de plata de Cardenal. 21-XI-941 (AAS, XXXIII, 493).

C. Al Emmo. Sr. Cardenal Boggiani, Obispo de Porto y Santa Rufina, Canciller de la S. I. R., con idéntico motivo. 25-XI-941 (AAS, XXXIII, 494).

D. Al Emmo. Sr. Cardenal Fumasoni Biondi, Prefecto de la S. Congr. de Propaganda Fide, en sus bodas de plata episcopales. 25-XI-941 (AAS, XXXIII, 495).

V. ALOCUCIONES.—A. A los jóvenes de A. C. italiana, congregados en Roma. 2-XI-941 (AAS, XXXIII, 496).

Síntesis: a) Juventud ardiente y generosa; b) la jornada del sacrificio; c) el mundo maravilloso de la gracia; d) la verdadera nobleza del cristiano; e) necesidad de cooperar a la gracia; f) admirable acción de la Iglesia a través de los siglos; g) un pensamiento profundo de los antiguos griegos; h) el reino del Cielo no se conquista con la pusilanimidad ni con la pereza; i) la observancia de los mandamientos, signo de amor; j) súplica de los jóvenes católicos.

B. Al Excmo. Sr. D. José Manuel Llobet, Embajador de la Argentina, en la presentación de las cartas credenciales. 22-XI-941 (AAS, XXXIII, 502).

C. En la apertura del 6.º año de la Academia Pontificia de ciencias. 30-XI-941 (AAS, XXXIII, 504).

Síntesis: a) Saludo a los oyentes; b) Dios sapientísimo, Creador del universo y del hombre; c) Dios, maestro del hombre; d) grandeza de éste; e) conquistas del hombre, por su entendimiento y voluntad, en el universo; f) de lo infinitamente grande a lo infinitamente pequeño; g) el orden del universo revela la mano de Dios; h) Dios, único legislador del universo; el orden en la multiplicidad y diversidad de las cosas creadas; i) todos los hombres somos hermanos en la escuela de Dios.

VI. DISCURSO al Sacro Colegio de Cardenales y Prelados de la Curia Romana en la víspera de Navidad. 24-XII-941 (AAS, XXXIV, 5).

VII. MENSAJE RADIOFONICO dirigido al mundo entero en la vigilia de la Natividad del Señor. 24-XII-941 (AAS, XXXIV, 10). (Véase la traducción castellana en nuestro BOL. de Enero último, p. 28).

DE LA CURIA ROMANA

Suprema Sda. Congr. del Santo Oficio

DECRETO.—*Respuestas sobre el c. 1061.*

Duda 1.ª: Las prevenciones indicadas en el canon 1061 sobre el bautismo y educación de la prole, ¿se refieren únicamente a los hijos que nacerán, o también a los que, antes de contraer el matrimonio, hayan tal vez nacido?

Resp.: Unicamente a los hijos que nazcan después de contraído el matrimonio.

Duda 2.ª: ¿Qué se ha de juzgar de los matrimonios celebrados refiriendo las prevenciones a la prole que ha de nacer, sin tener en cuenta la que tal vez haya ya nacido?

Resp.: Queda contestada esta pregunta en la respuesta anterior.

Et ad mentem: el sentir de la S. Congr. es que, aunque las prevenciones del canon 1061 no sean obligatorias con relación a la prole nacida antes de la celebración del matrimonio; se debe, no obstante, inculcar a los contrayentes la obligación que tienen, por derecho divino, de dar educación católica a los hijos nacidos antes del matrimonio. 16-I-942 (AAS, XXXIV, 22).

Sagrada Congr. Consistorial

PROVISION DE IGLESIAS.—Del 17 de Octubre de 1941 al 10 de Enero de 1942 Su Santidad ha provisto de Pastor: A la iglesia *metropolitana* de S. Cristóbal de la Habana—A los obispados *residenciales* de Chur (Suiza), Jarcézino (Brasil), Parenzo y Pola (Italia), Namur, Campinas

(Brasil), Pinar del Río (Cuba), Superior (EE. UU.), Valencia del Brasil, y Piazza Armerina (Italia).—A los *titulares* de Imeria, Lete, y Teo (AAS, XXXIII, 553 y XXXIV, 23).

Sda. Congr. de Propaganda Fide

PROVISION DE IGLESIAS.—Del 24 de Octubre al 25 de Noviembre 1941, Su Santidad ha nombrado: Obispo *residencial* de Martinica.—Obispos *titulares* de Mirica y de Ipso (AAS, XXXIII, 514.)

Sda. Congr. de Ritos

CAUSA DE CANONIZACION.—Decreto de Tuto para la beatificación de la Ven. *Magdalena de Canosa*. 16-XI-1941 (AAS, XXXIII, 515) (Cfr. supra p. 151).

Sda. Congr. de Asuntos Eclesiásticos
Extraordinarios

INDULTO.—*Sobre dispensa de abstinencia y ayuno.*

«Atendidas las especiales circunstancias de nuestros días, Nuestro Santísimo Señor, por la divina Providencia Papa Pío XII, se ha dignado facultar benigneamente a todos los Ordinarios de cualquier rito, por el tiempo que durare la presente guerra, para que, según su prudente arbitrio, dentro del territorio de su jurisdicción, concedan dispensa general de la Ley de abstinencia y ayuno eclesiástico aun en favor de los religiosos y religiosas exentos.

Queda en pie, sin embargo, la ley de la abstinencia y del ayuno eclesiástico para los fieles del rito latino, el Miércoles de Ceniza y el Viernes Santo; y para los fieles de los demás ritos, otros dos días que habrán de designar sus Ordinarios.

Los Ordinarios que concedan la sobredicha dispensa exhorten a todos los fieles, principalmente al Clero secular y regular y a las religiosas, a que hagan voluntarios ejercicios de mortificación y expiación, con buenas obras, ejercitadas muy especialmente con los enfermos y los pobres desamparados, y con fervientes oraciones, ofrecidas por la

intención del Sumo Pontífice, tratando de compensar de algún modo el indulto.

No obstante todo lo que obste en contrario.

Del Vaticano, 19 de Diciembre de 1941.

L. CARD. MAGLIONE

Secretario de Estado

Prefecto de la Sda. Congr. de AA. Eccos. EE.

(AAS, XXXIII, 516)

Diario de la Curia Romana

Sda. Congregación de Ritos.—A. 25-XI-941: Congregación *ordinaria*: 1.º Introducción de la causa de beatificación de a) María Elena Bettini, fundadora del Instituto de Hijas de la Divina Providencia; b) María del Divino Corazón, del Instituto de Hermanas del Buen Pastor.

2.º Revisión de los escritos de la Sierva de Dios María Repetto, del Instituto de Ntra. Señora del Refugio.

B. 9-XII-941: Congr. *ordinaria*.—1.º Introducción de la causa del Siervo de Dios Pier Giorgio Frassati, joven de A. C.

2.º Revisión de los escritos de a) María Rosa Molas Valvé, fundadora de las Hermanas de la Consolación; b) María Fidela Weiss, Hermana de la Orden Tercera de S. Francisco; c) Josefina Comoglio, y Teresa Comoglio, terciarias franciscanas.

3.º Sobre el *non cultus* de los Siervos de Dios a) Marco Antonio Durando, sac. de la Congr. de la Misión, fundador del Instituto de Hermanas de Jesús Nazareno; b) María de Jesús de Oultremont, fundadora de las Hermanas de María Reparadora; c) Gertrudis Comensoli, fundadora de las Hermanas del Smp. Sacramento; d) María de Jesús del Buen Pastor (Francisca Siedliska), fundadora del Instituto de la Sda. Familia de Nazaret.

C. 16-XII-941: Congr. *general*.—1.º Sobre los milagros del Bto. Luis María Grignón de Monfort, sac. fundador de la Compañía de María y del Instituto de Hijas de la Sabiduría.

2.º Sobre el TUTO para la beatificación de la Ven. Juana Delanoue, fundadora de la Congr. de Sta. Ana de la Providencia (AAS, XXXIII, 519).

Necrología Oficial del Episcopado Católico

Del 6 al 21 de Diciembre de 1941 han fallecido: el arzobispo *residencial* de Michoacán (Méjico); el *titular* de Lemnos; y los obispos *residenciales* de Orbiato y de Ferentino (Italia). (AAS, XXXIII, 526).

DOCUMENTOS DEL EPISCOPADO

Sobre los bailes modernos (1)

«El baile es el veneno de toda virtud.»

(S. Juan Crisóstomo en la Homilía sobre S. Matzo)

El día de Pascua de Resurrección del año de gracia de 1750 se leía en los púlpitos de la entonces gran Diócesis de Pamplona un Edicto Episcopal que sujetaba a la pena de excomunión mayor «*latae sententiae*» a cuantas personas ejecutaran bailes (muy mejores por cierto que los que hoy se estilan), en las horas y lugares que en él se detallan.

¡Qué fieles aquellos, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, a quienes podía dirigirse así, con esperanza de éxito, un venerable Obispo de Pamplona de hace dos siglos, censurando cosas reprobables de personas, lugares y tiempos, aun en bailes sueltos, bailes «entre cuyas parejas podía pasar, como dijo un gracioso escritor, un perro corriendo!».

¿Qué no sentiría el corazón del vigilante Pastor y qué censura no lanzaría su celo, sobre los bailes agarrados, que son hoy la ruina moral de los pueblos, la pérdida de la fe y enervación de las virtudes de la raza?

¿Qué no diría de esos bailes en que se sorben los alientos, se enlazan, se soban, se estrechan y oprimen los cuerpos, con miradas y palabras de pasión, a los acordes de una música arteramente dispuesta para el estallido de

(1) De una Exhortación Pastoral del Excmo. Sr. Obispo de Pamplona, que nuestro Rvmo. Prelado recomienda y hace suya, proponiéndola especialmente para la predicación Cuaresmal y de Santas Misiones (N. de la D.)

la más baja de todas ellas; de esos bailes celebrados en lugares estrechos y malsanos, en ambientes herméticos, saturados de mugre, de calor, de vahos de alcohol y nicotina, cargados de nubes de polvo, carcoma fatal de cuerpos y almas; o, de esos otros, que se dicen de gala y sociedad, cita de las familias «bien», las llamadas a ser solera de bajos y humildes, las de rancio abolengo cristiano, las de los Claveros y Hermanos Mayores de nuestras viejas Co-fradías, las del dinero y la posición social, las de la ilustración y los viajes, las del pulcro vestir y los modales finos; bailes tenidos en salones de lujo, que son como tazas de plata para recibir torrentes de luz, de color, de esencias y armonías, de descoco vestido con desnudez, y decantar en el fondo remordimientos y lágrimas del alma entristecida y desgarrada?

No sabemos si los tiempos pasados fueron mejores que los presentes, ni si hubo en ellos tanto desenfreno moral, como el que lloramos. Lo que sí creemos es: que había en aquellos tiempos una conciencia más vigorosa, una fe más robusta y una Religión mejor entendida; que llevaba cada uno y cada una, en el alma, un juez inexorable; que se levantaba una barrera entre las caídas y el deber, entre la pureza de la Religión y los tropiezos de la vida; que no se llamaba bien al mal, ni exigencias de la sociedad al libertinaje de las pasiones; que se tenía la sinceridad y gallardía de no turbar las ideas con el placer, de no justificarse ante sus ojos, ni menos de vestirse de hipocresía, buscando la sonrisa de la sociedad y el engaño de la Iglesia; que era el hombre, muy hombre, y la mujer, muy mujer; y los gustos de ellos no eran los gustos de ellas, pues tenían diversiones distintas. Frágiles todos. La Religión pura, sus reglas claras, su moral inconfundible. De ahí las confesiones buenas, el dolor sincero y los remordimientos profundos.

Hoy, que el mal es más sutil, más aliciente y al alcance de las manos; hoy que las diversiones son abiertas y corrompen las vibraciones todas de la vida, hay muchos y muchas que tienen las ideas confusas, labrándose una Religión que no les corte las alas del capricho. La moral blanda, los sacramentos fáciles, y la vida un cúmulo de placeres. Almas que han encontrado el sátnico acomodo de la piedad y (hasta se resiste la lengua a decirlo) del abrazo con Jesucristo en la Comunión, por la mañana, y

el abrazo con el primer postor en el baile agarrado por la tarde o a las altas horas de la noche; se precian de llamarse Hijas de María, llevan gozosas al cuello la medalla de la Virgen y el símbolo de la pureza en el lazo azul; se interesan de Cofradías, Triduos y Novenas; rezan el Santo Rosario, limpian y adornan amorosamente los altares, enseñan la doctrina cristiana a los niños, hablan con respeto y cariño del sacerdote; y se olvidan en el baile agarrado, de que son templo del Espíritu Santo, redimidas por la sangre de Jesucristo. De perfume de pureza en el hogar, de hijas escogidas de la Iglesia, se pasan a hijas de Belial, ruina de sí mismas y lazos de perdición para otras almas, en brazos de un hombre sensual, con pasos, contoneos y posturas cargados de mayor lujuria que los gestos ebrios de las miserables bacantes que no conocieron a Dios.

Cantoras del Señor hoy, y mañana danzantes con el diablo; cristianas hoy, mañana paganas; hoy fieles y de buena fama, mañana gentiles y sin honra; hoy siervas de Cristo, mañana de Satanás, diríamos con San Efrén. «¿Cuándo comprenderás, mujer cristiana, que estás siendo juguete de pecado de una generación corrompida, que se propone aturdirte con deslumbradores espejismos de sensualidad, cada día más acentuados, para que no te fijes en la sima de perdición en la que te hundes, ni en los girones de la blanca veste del pudor que vas dejando entre los zarzales de la pendiente?» Reacciona, mujer; hazte respetar; manda y vence. Tu honestidad lo exige; tu dignidad de mujer lo impone; el título excelso de cristiana que ostentas, te lo manda imperiosamente.

Pero es más: hay padres y madres que llevarían a los tribunales a los audaces que se permitieran con sus hijas, en plena calle, o en un rincón lejano, no las mismas, sino muy menores licencias que las que se toman en un baile, como si unas piruetas o unos pasos bien marcados acabarían con la ley de Dios y la honradez de la vida. ¿Hasta cuándo ha de durar vuestra ceguera, padres y madres, que os decís cristianos? ¿No sabéis que os pedirá Dios más estrecha cuenta de la pureza del alma de vuestros hijos que del alimento de sus cuerpos? Conserváis el honor y la memoria, y ¿no os dais cuenta que con esos bailes avanzan a galope a la más desenfrenada lujuria? Sois vosotros, los mayores culpables de la relajación de las costumbres. La sangre

que mana de las negras heridas abiertas por la inmoralidad en el alma de vuestros hijos, clama a Dios desde la tierra. ¿Qué hipocresía es la vuestra, cuando os quejáis de la maldad del mundo, y dejáis que se zambullan en ella vuestros hijos y vuestras hijas, sin que os tiemblen de pasma las carnes?

¿Cómo os quejáis, madres, en el corro de vuestras vecinas o en el té de las amigas linajudas, con la más repulsiva gazmoñería, de lo perdido que está todo, y preferís que vayan vuestras hijas a un veloz y turbio matrimonio, arrastrando como un sucio pingajo los restos del ajado pudor, antes que tenerlas vírgenes, flores de pureza, aguardando la voz de Dios y el paso de su Providencia divina? ¿Qué habéis hecho de la autoridad y prestigio que Dios os dió, los que os quejáis, necios, de no poder hacer carrera de vuestros hijos, que obedecen por otra parte, como corderos, la voz de uno cualquiera de sus colegas corrompidos? Y, cuando os confesáis, ¿no lloráis los pecados de vuestra sangre, que son los vuestros? Habéis renegado de vuestra fe, os diré con el Apóstol S. Pablo (I. Tim V, 8), y sois peores que los infieles, pues hacéis blasfemar el nombre de cristianos.



JURISPRUDENCIA CIVIL

JEFATURA DEL ESTADO

Ley por la que se aprueban los Presupuestos generales del Estado para 1942.

Se fijan los créditos en 7.880.194.669.28 pts.

Se calculan los ingresos en 7.869.778.148.00 »

22-I-942 (B. O. del 2 y 3-II).—FRANCISCO FRANCO.

Detalle.—Estado letra A.—CREDITOS.—Obligaciones de los Departamentos Ministeriales.

Sec. 7.^a, Ministerio de Justicia.—Cap. 1.^o,

Personal: Haberes activos.—Art. 1.^o, Sueldos.

Grupo 19, Obligaciones eclesiásticas..... 82.448.651.84 pts.

Cap. 2.^o, Material.—*Material en general.*—

Art. 1.^o, De oficina, no inventariable.—Grupo 14,

Obligaciones eclesiásticas.... 9.315.223.85 »

Arrendamiento de locales. Art. 4.^o, Alquileres.—Grupo 6.^o, Obligaciones eclesiásticas...

6.000.00 »

Cap. 3.^o, Gastos diversos.—Gastos varios.—

Art. 1.^o, De carácter general.—Grupo 7.^o, Obligaciones eclesiásticas.....

2.887.289.00 »

Art. 4.^o, Auxilios, subvenc. y subsidios.—

Grupo 3.^o, Obligaciones eclesiásticas.....

125.000.00 »

Art. 7.^o, Obras de reparación.—Grupo 5.^o,

Obligaciones eclesiásticas.. ..

1.500.000.00 »

TOTAL.... 96.282.164.69 »

Detalle.—Estado letra B.—INGRESOS

Sec. 1.^a, Contribuciones directas.—Cap. 12,

Art. único: Donativo del Clero y Monjas.....

1.500.000.00 »

Resumen: Importa lo aquí consignado:

Créditos... 96.282.164.69 pts.

Ingresos... 1.500.000.00 »

Diferencia.. 94.782.164.69 »

MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

Orden por la que se instituye la «Junta Nacional para el IV Centenario del nacimiento de S. Juan de la Cruz».

Ilmo. Sr.: Es San Juan de la Cruz, en las múltiples facetas de su riquísima personalidad (Santo, Reformador, Doctor, Poeta), figura excelsa de España en los mejores días de nuestra Historia. Su magisterio en la ciencia mística tiene, como todas las grandes empresas españolas, carácter de universalidad. Todo el espiritismo posterior ha vivido de sus enseñanzas, cuya reciedumbre es la mejor garantía contra toda posible aberración iluminista. En sus libros llegó el misticismo cristiano a la cumbre de su perfección como ciencia, adquiriendo por la firmeza y la trabazón lógica de los principios y de las demostraciones experimentales, la íntima unidad que necesitaba para ser, sobre una vida, una disciplina intelectual perfecta.

Como prosista, San Juan de la Cruz comparte la gloria de nuestros mejores clásicos; y como poeta, enriqueció nuestra literatura con producciones superiores a cuantas existen en castellano.

Cumpléndose este año el cuarto centenario de su nacimiento, se presenta la oportunidad de promover el estudio y la glorificación del gran Doctor Místico. Y a tal fin,

Este Ministerio dispone:

1.º Bajo la presidencia del Ministro Jefe del Departamento, queda instituida la Junta Nacional para el IV Centenario del Nacimiento de San Juan de la Cruz, que estará compuesta por los siguientes señores:

Miembros de honor: los Excmos. y Rvmos. Sres. D. Enrique Pla y Deniel, Arzobispo de Toledo, y D. Leopoldo Eijo Garay, Obispo de Madrid-Alcalá y Presidente del Instituto de España.

Vocales: Rvmos. Sres. Obispos de Segovia y Avila; M. R. P. Provincial de los PP. Carmelitas Descalzos de Castilla; D. Manuel Rubio Cercas, Vicario general de la Diócesis de Madrid; D. Gabriel Arias Salgado, Vicesecretario de Educación Popular; D. Juan de Contreras y López de Ayala, Director general de Bellas Artes; D. Mariano Puigdollers, Director general de Asuntos Eclesiásticos; D. Pío Zabala y Lera, Rector de la Universidad Central; D. Eugenio d'Ors, Secretario del Instituto de España; D. Manuel Machado,

Académico de la Lengua, y el P. Superior de los Carmelitas Descalzos de Madrid.

Secretario, P. Crisógono de Jesús, Carmelita Descalzo.

2.º Esta Junta tendrá por misión estimular las iniciativas particulares y promover y unificar los actos relacionados con el Centenario de San Juan de la Cruz en la forma que estime más conveniente para la exaltación de esta gran figura de la Raza.

Dios guarde a V. I. muchos años.

Madrid, 5 de Febrero de 1942.—IBÁÑEZ MARTIN.

(B. O. del E., 11-II-942).

JUNTA NACIONAL DE RECONSTRUCCION DE TEMPLOS PARROQUIALES (1)

Circular n.º 1, de 18 de Noviembre, 1941, en la que se dan instrucciones y normas para el funcionamiento de las Juntas Diocesanas.

Entresacamos los siguientes puntos:

Sobre los expedientes y proyectos de reconstrucción

Punto 6.º Todos los expedientes de reconstrucción de Templos Parroquiales que requieran subvención del Estado, así como los diversos asuntos con ellos relacionados, se tramitarán por conducto exclusivo de las Juntas Diocesanas.

(1) Como son varias las disposiciones emanadas del Estado y del Excmo. Sr. Obispo de nuestra Diócesis en estos últimos años, relativas a la reconstrucción de templos, nos parece oportuno dar una referencia de las mismas, con la cita de los lugares donde podrán encontrarlas nuestros lectores.

a) Decreto de 25 de Septiembre de 1939 (B. O. del 1-X), rectificado (B. O. del 3-X), que regula la adopción por el Jefe del Estado de localidades dañadas por la guerra.

b) Ley de 12 de Enero de 1940 (B. O. del 20), que modifica la de los impuestos de Derechos reales y transmisión de bienes... en orden a la construcción y reparación de templos de la Iglesia Católica (BOL. 1940, p. 185 y ssg.)

c) Decreto de 9 de Marzo de 1940 (B. O. del 16), que amplía los beneficios de la reconstrucción de localidades adoptadas, a diversos edificios de interés público (BOL. 1940, p. 265).

d) Instrucciones de 14 de Octubre de 1940 sobre la justificación de cantidades concedidas para la reparación de templos (BOLETIN, p. 215).

e) Circular de la Cancillería Episcopal del Obispado de Má-

Punto 7.º Cada expediente ha de constar de los siguientes documentos:

a) Instancia del Sr. Cura Párroco solicitando la reconstrucción del Templo, en la que se expongan las circunstancias que motivan y justifican la petición, y los recursos que puede aportar la Parroquia.

b) Certificación del Ayuntamiento acreditativa de que el edificio que se reconstruye o el emplazamiento elegido—cuando se trate de obra de nueva planta—no están afectados por ningún plan de reforma interior de la población legalmente aprobado.

c) Proyecto completo de las obras que se han de realizar, redactado por un Arquitecto. Cuando éstas sean de poca importancia y no supongan modificación de la planta, estructura o trazado de los elementos subsistentes, podrá ser suficiente un presupuesto, acompañado de Memoria descriptiva, formulado por persona práctica en la materia, siempre que el Arquitecto de la Junta Diocesana, que ha de autorizarlo, estime que con esta documentación quedan perfectamente definidas las obras. En todo caso se unirán al estudio fotografías que representen claramente el estado actual del edificio.

d) Informe de la Junta Diocesana sobre el estado en que se encuentra el edificio, grado de urgencia de las obras, estado de las mismas si se han iniciado, situación económica de la Parroquia y, en suma, cuantos datos relacionados con las presentes instrucciones considere interesantes para ilustrar a la Junta Nacional en su dictamen.

laga, de 15 de Marzo de 1941, sobre Reparación de edificios eclesiásticos (BOL. p. 215).

f) Presupuesto para construcción y reparación de templos, Anexo a la ley de 8 de Marzo de 1941 (*B. O. del 23*). (BOL. 1941, p. 282).

g) Decreto de 10 de Marzo de 1941 (*B. O. del 25*), sobre la reconstrucción de templos parroquiales (BOL., p. 282).

h) Comunicación de 17 de Marzo de 1941 sobre reconstrucción de templos (BOL. p. 285).

i) Orden de 25 de Junio de 1941 (*B. O. del 27*), por la que se constituye la Junta Nacional para la reconstrucción de templos parroquiales (BOL., p. 477).

j) Reglamento de 8 Julio de 1941, a que se refiere el art. 4.º de la Orden anterior (BOL. p. 875).

k) Constitución de la Junta Diocesana de Reconstrucción de Templos parroquiales (BOL., 1941, p. 914).

l) Circular núm. 1 de la Junta Nacional de Reconstrucción de Templos parroquiales, cuyo extracto damos aquí.

Punto 8.º En la tramitación de expedientes debe concederse preferencia a los templos de aquellas Parroquias donde no haya otro en el que pueda celebrarse culto con la dignidad y decoro que requiere el servicio religioso; y dentro de éstos, a los que puedan habilitarse en breve plazo de tiempo con menor gasto.

Sobre la administración de las Obras

Punto 14. Aunque la administración directa de las obras se lleve por las Juntas Locales, la Diocesana se encargará de recibir y distribuir las sumas consignadas a aquellas por la Junta Nacional, y de remitir a ésta, con el correspondiente «conforme», los justificantes de inversión de los anticipos y las sucesivas certificaciones que se presenten al cobro.

Punto 15. Para que pueda extenderse el primer libramiento será condición precisa que haya sido aprobado el correspondiente proyecto por la Junta Nacional.

Punto 16. De acuerdo con lo dispuesto en el artículo 12 del Reglamento, la Junta Nacional entregará a la Diocesana, como anticipo, una cantidad que no sobrepasará en ningún caso al 40 por 100 de las subvenciones aprobadas, para que con ella puedan iniciarse las obras a que va consignada.



SECCION HOMILETICA

ELEVACIONES EVANGELICAS

DOMINICA IV DE CUARESMA (Jo. 6¹⁻¹⁵)

Tema: *Acccepit Jesus panes, et cum gratias egisset, distribuit discumbentibus (Jo. 6¹¹).*

I. Un gran milagro opera hoy Cristo en el desierto de Bethsaida Julias, alimentando a cinco mil hombres con cinco panes y dos peces. Mucho mayor lo viene operando a diario, alimentando a su Iglesia en el desierto de este mundo con un Pan divino que los discípulos recibieron de manos del Divino Maestro. Aquel pueblo nos enseñó las disposiciones con que hemos de acercarnos a comulgar. Vamos a verlo.

II. *Et coepit illos docere multa* (Mc. 6³⁴). Cristo que consagró tres años a la preparación de los Apóstoles para el Jueves Santo, y un viaje para preparar a los de Emaús a la sagrada Comunión, quiso preparar convenientemente al pueblo en el desierto para aquella comida, simbólica de la Sagrada Mesa. Si no conocemos a Cristo, ni su doctrina, ni sus sacramentos, ¿cómo nos atrevemos a acercarnos al más augusto de ellos? ¿Seríamos capaces de sentarnos a la mesa de un desconocido? Es preciso que sepamos que el Pan de la Sagrada Comunión es un Pan divino, el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, formado en el seno de la Sma. Virgen María. Y nuestra fe en esta verdad ha de ser sencilla como la de los pastores, viva como la de los Magos, ardiente como la de Simeón, humilde como la del Centurión, celosa como la de Zaqueo, penitente como la de Magdalena.

III. *Et eos qui cura indigebant, sanabat* (Luc. 9¹⁰). Enfermo que come, agrava su mal. Pecador que comulga, come su propia condenación. Antes de comer es necesario curarse. Por eso Jesús procede a sanar a los enfermos, para bien disponerlos a comer el pan milagroso. Pecadores que me escucháis, no os contentéis con creer; antes de comulgar, curad las enfermedades del alma en una dolorosa confesión a los pies del sacerdote.

IV. *Et pedestres de omnibus civitatibus concurrerunt illuc* (Mc. 6'33). Acudieron allí viniendo a pie de todas las ciudades. No da el pan enseguida a las muchedumbres. Quiere probarlas, porque el amor le inmola en los altares y sólo el amor nos llevará a los altares a recibirle. Nos pide amor ardiente, vivo deseo; el que no desea comer está enfermo. Amor generoso, a prueba de sacrificios; a prueba de separación de nuestra casa y familia, como lo hizo aquel pueblo; a prueba de penitencia, la mejor preparación para la comunión: aquel pueblo se fatigó, anduvo el camino a pie, pasó hambre; a prueba de recogimiento y oración, como aquel pueblo, que se retiró al desierto. Con estas disposiciones, acercaos confiadamente a comulgar. *Panis est, non venenum*. Pan de vida eterna. Amén.

DOMINGO DE PASION (Jo. 8'46-59)

Tema: Quis ex vobis arguet me de peccato? (Jo. 8'46).

I. ¡Qué valiente desafío el que hoy lanza Jesús a sus adversarios! A sus insultos pudo oponer réplicas verbales. Prefiere ofrecerles como blanco su propia vida, su doctrina, sus obras. ¿Qué otro hombre pudo jactarse, como El, de su vida inmaculada, sin falacia y sin soberbia? Pudo decir con perfecto derecho: Soy impecable. Pero no; prefiere apelar a su conducta. Pudo apelar a sus milagros y profecías. Pero no; prefirió tomar su vida con ambas manos y entrársela por los ojos a aquella gentecilla ruin, para dejarlos derribados en tierra. A ver, ¿quién de vosotros me puede acusar de un pecado?

Animados nosotros por esta invitación, elevemos los ojos con veneración hacia el sol de esta vida divina, para anegarnos en sus resplandores.

II. Incrédulos: nosotros os invitamos a este examen, como el Maestro invitó a vuestros antecesores. Cristianos: también a vosotros os invitamos a meditar este carácter.

Observemos 1.º, la igualdad de este carácter, profundamente sensible. Ni le envanecen los elogios, ni le deprimen las calumnias. Su figura se agranda en los triunfos por su modestia, y en la desgracia por su augusta serenidad. Sólo le preocupa un doble objeto: la gloria de su Padre y la redención del mundo.

III. Observemos 2.º, su ejemplo, por el cual nos instruye. En nuestro amado Jesús hallamos un perfecto acuerdo entre la doc-

trina y la práctica, entre sus dogmas y su vida. El predica la pobreza, y no tiene una piedra donde reclinar su cabeza; predica la humildad, y se humilla hasta la muerte de Cruz; predica la durezza, y pone sus mejillas a los sayones; predica la castidad, y su vida es una pura azucena; predica el perdón de los enemigos, y les dedica la primera palabra en la Cruz; excita a la oración, y su vida es una oración casi continua. Para saber lo que Jesús enseña, no es menester escuchar su doctrina; basta con asomarse a su vida.

IV. La contemplación de este divino modelo no debe desanimarnos. Lejos de nosotros tal idea. Sin duda Jesús nos llevará una gran delantera en el camino de la virtud que nos manda recorrer. Pero caminemos en pos de El, no le perdamos de vista, sigamos sus pasos y, aunque jamás le demos alcance, al menos nos aproximaremos a El. Jamás nos ha mandado Jesús cosas imposibles. Si ha dicho que todo el que quiera puede seguir en pos de El, esta marcha no es una utopía. Basta negarse a sí mismo y tomar la propia cruz. Por la cruz, a la luz. Amén.

DOMINGO DE RAMOS (Matth. 21'1-9)

Tema: Dicite Filiae Sion: Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus (Matth. 21'5).

I. Dos atributos divinos resplandecen en la orden que Jesús da a sus discípulos de traerle un asna que se halla en Bethfage atada, con su jumentillo al lado: la ciencia y la autoridad. Si no fuera Dios ¿cómo sabría este particular tan detallado? La ciencia divina: he ahí el gran asunto para nuestras meditaciones. Dios me ve. Gran estímulo para obrar el bien; gran preservativo para evitar el mal. Dios me ve. Tal dijo el casto José, tal pensó la casta Susana, y triunfó su virtud. También resplandece la autoridad en esta orden de Jesús. Si el dueño del asna y del jumento os pone algún reparo—dice a los discípulos—decidle que el Señor ha menester de ellos. ¿Qué Señor? El de cielos y tierras, el de las cosas visibles e invisibles. Es necesario que nos percatemos de esta gran verdad: Dios es propietario de las cosas. Nosotros, usufructuarios, usemos de ellas como quiere el Señor. Estemos prestos a rendirle cuentas de su uso. Estemos dispuestos a desprendernos de ellas sin murmuración, cuando El sea servido de reivindicarlas para Sí.

II. Dos ejemplos nos da el Evangelio de la prontitud con que debemos obedecer a Dios. Uno, los discípulos que obedecen ciegamente a su Maestro en andarse a busca del asna y su cría. Otro, el dueño de estos animales que los cede a ciegas, sin saber a dónde van, ni si volverán. Pero los pide el Señor, y esto es todo. ¡Hombres que nos llamamos cristianos, y no obedecemos o lo hacemos con tales reservas, discusiones y repugnancias, que transformamos en servicio de esclavitud un acto racional y meritorio! Aprendamos a obedecer.

III. *Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.* Hoy se cumple puntualmente la profecía de Miqueas. ¿Para quién? No para los Apóstoles, pues la Pentecostés estaba lejos y las cobardías de ellos en la Pasión andaban cerca. Ni para el pueblo que les seguía. Se cumple para iluminaros a vosotros, cristianos. Cada profecía es un rayo de luz mesiánico, y el conjunto de todas ellas es un foco luminoso que envuelve en luz a Jesús y nos lo ofrece a nuestros torpes ojos. El Mesías ha sido anunciado como Rey. La realeza es un atributo inseparable de la dignidad mesiánica.

IV. Nosotros sabemos que Jesús es Rey y comprendemos el alcance de sus palabras a Pilatos: Mi reino no es de este mundo. ¿Reina en nuestros corazones?... Es Rey manso y pacífico... Tendéis vuestras vestiduras, alfombras del Hijo de David. Salid a recibirle llevando en vuestras manos la palma de la victoria sobre vuestros vicios y pasiones. Sólo entonces podréis ostentar la rama de olivo, símbolo de paz, premio de las almas que luchan y vencen. Juntrad vuestras voces a las voces de los niños que cantan el gran coral de la inocencia; y decid con ellos: ¡Hosanna al Hijo de David! Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Amén.

DOMINGO DE PASCUA DE RESURRECCION (Mc. 16'1-7)

Tema: Jesum quaeritis Nazarenum crucifixum; surrexit, non est hic (Mc. 11'5).

I. Sobre los sepulcros de los hombres suelen escribir los hombres: *Aquí yace...* La palabra radiante de un ángel ha escrito este epitafio sobre el sepulcro de Jesús: *No está aquí*, non est hic. Comienza a cumplirse el vaticinio de David: Su sepulcro será glorioso. La gloria de los reyes de la tierra acaba con el sepulcro; la del Rey de los cielos comienza en el sepulcro. Y pues

que la gloria de la cabeza es la de los miembros, nosotros los creyentes, que somos miembros de Cristo, asociémonos a su Resurrección, que es la nuestra; a su gloria y alegría que es la nuestra; y consideremos la grandeza de los signos con que fué vaticinada esta Resurrección.

II. Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres días y tres noches: figura de Cristo que había de estar tres días incompletos en el corazón de la tierra. Sale vivo Jonás del vientre del monstruo, y sale glorioso Jesús del vientre de esta tierra que le había antes devorado en una Pasión sin ejemplo.

¡Oh prodigio! ¡Oh misterio!, grita San Pedro Crisólogo; en el sepulcro de todos los hombres se entabla un duelo entre la muerte y el cuerpo, saliendo siempre aquella vencedora, porque muerde al cuerpo con mortal mordedura. Pero en el sepulcro del Hombre Dios, su cuerpo muerde a la muerte con tal coraje y potencia, que la muerte queda muerta, y el cuerpo sale glorioso cantando victoria: *O mors, ego ero mors tua! Morsus tuus ero, inferne* (Os. 13'14).

María dió carne a Jesús en su seno, y salió ya mortal a los caminos de la vida. El sepulcro le recibe en su seno, pero nos lo devuelve inmortal y glorioso.

III. Contemplemos la gloria de Jesús resucitado. A El se refería el salmo 27 cuando dice: *Et reffloruit caro mea*, mi carne volvió a florecer. Floreció por vez primera, columpiándose en el tallo de Jesé, en la Santísima Virgen. Fué Nazareno, florido desde el primer momento. Y aquella carne divina, inmaculada, floreció con esplendores de gracia y de verdad, y fué pisoteada, ajada y destruída por los judíos. Pero de nuevo bebió la vida en el Verbo, se cubrió de nuevo follaje, fué la nueva flor que reanudó su marcha llena de gracia, de encanto, de verdad. La Resurrección de Jesús es una nueva floración. Si al nacer de la Virgen Madre, era el más bello entre los hijos de los hombres; al salir triunfal del sepulcro, es el más hermoso entre los hombres, los ángeles y los cielos.

IV. Los cielos celebran la Resurrección de Jesús, el sol se anticipa a salir, los ángeles se apresuran a bajar, la tierra tiembla hoy de júbilo, como el Viernes Santo tembló de pena; y nosotros, celebrando su triunfo, no hacemos sino celebrar anticipadamente el nuestro. Amén.

DOMINICA IN ALBIS (Jo. 20^o 19-31)

Tema: Quia vidisti me, Thoma, credidisti. Beati qui non viderunt, et crediderunt (Jo. 20^o 29).

I. Entra Jesús glorioso en el Cenáculo. Cinco lámparas de gloria iluminan el sacro recinto. Son las cinco llagas. Allí María, allí los Apóstoles, menos uno, Tomás. A los otros les faltó tiempo para correr a decirselo: ¡*Vimos a Jesús!* Tomás no quiso creerlo. ¿Por qué? Los Apóstoles son muchos, son fidedignos. ¿Es que no vale su testimonio? Sí, pero Dios ha permitido que Tomás sea un racionalista anticipado, al menos por unas horas, para confirmarnos a nosotros en la fe de la Resurrección. Y además, para otra cosa: para demostrar a los racionalistas del siglo XX que no nos han traído nada nuevo, al negar la Resurrección de Jesús. Hace veinte siglos, nada más, la negó un Apóstol, ofuscado durante unas horas.

II. Los incrédulos de los tiempos modernos rechazan la Resurrección de N. S. J. C., porque no hay testigos fidedignos de ella —dicen—. Eso es exactamente lo que decía Santo Tomás. Ellos exigen que el milagro se reproduzca en su presencia. Lo mismo que Tomás. Pero Jesús no está para realizar milagros, cuando lo exigen espíritus que no merecen esta gracia. Herodes le pidió un milagro. Y se le negó. Los escribas y fariseos le pidieron en el Calvario el milagro de bajar de la Cruz. Y se les negó. ¿Se negará a las pretensiones de Sto. Tomás de introducir en sus llagas sus dedos y su mano? No; a eso no se niega Jesús, glorioso. Sabe que en Tomás hay buena fe y rectitud de corazón, aunque padezca una momentánea ofuscación.

En las dudas y vacilaciones del espíritu, procedamos con buena fe y sencillez de corazón. Busquemos la verdad, y la verdad saldrá a nuestro paso. Y si hubo falta por nuestra parte, caigamos vencidos a los pies de Jesús, derretidos en aquel grito de pesar y de amor: *Dominus meus, et Deus meus!*

III. *Beati qui non viderunt, et crediderunt.* Nada tenemos que envidiar a los Apóstoles. Veinte siglos nos separan del hecho de la Resurrección que ellos contemplaron, y hoy lo creemos con más fuerza que si lo hubieran visto nuestros ojos. Vamos bien acompañados en esta fe. Veinte siglos nutridos de hombres de talento, a veces de las lumbres del genio, de la santidad, del candor, han

creído firmemente en la Resurrección de Jesús y de ella han hecho el manantial de sus esperanzas. Este dogma consolador es, un rayo divino que ha atravesado veinte siglos y se proyecta gloriosamente sobre mi alma, sobre las vuestras, para dibujar en ellas el perfil de una bienaventuranza prometida por el Divino Maestro. *Beati qui non viderunt, et crediderunt.* Amén.

TEODORO MOLINA

Chantre de la S. I. Catedral

CULTURA ECLESIASTICA

LA ADOPCION COMO IMPEDIMENTO DEL MATRIMONIO

La reciente Ley por la que se dictan normas para facilitar la adopción de los acogidos en establecimientos de beneficencia (V. nuestro BOLETIN 1941, p. 780), pide una nota, por estar relacionada con un impedimento canónico del Matrimonio.

Sobre la cognación legal, que, como es sabido, proviene de la adopción, legisló primeramente la autoridad civil, y la Iglesia se limitó a recibir más tarde lo establecido por aquella. La Iglesia hizo suyo el derecho romano en esta materia, y él fué la norma universal por mucho tiempo. Cuando las naciones se elaboraron sus propios códigos civiles, comenzaron las dudas, las cuales quedaron resueltas por el Código de Derecho Canónico.

Dice éste: «En aquellas regiones donde por la ley civil la cognación legal, originada de la adopción, hace ilícitas las nupcias, también por el derecho canónico es ilícito el matrimonio» (c. 1059). «Aquellos que por ley civil se consideran inhábiles para contraer nupcias entre si a causa de la cognación legal proveniente de la adopción, no pueden por virtud del derecho canónico contraer válidamente matrimonio entre sí» (c. 1080).

Claro es que con esto la Iglesia no reconoció en las potestades temporales ni transmitió a las mismas una parte de la facultad que a ella sola compete por derecho propio en cuanto a los impedimentos del matrimonio cristiano. Se

ciñó a canonizar por poderosas razones la ley civil, la cual tiene valor en el orden religioso únicamente porque se lo ha querido dar la Sede Apostólica, como ocurre con respecto a los contratos por virtud del canon 1529.

Es, pues, de todo punto necesario al canonista el conocimiento de la legislación civil de cada país sobre la cognación legal.

Nuestro Código Civil establece lo que sigue:

Art. 173. Pueden adoptar los que se hallen en el pleno uso de sus derechos civiles y hayan cumplido la edad de cuarenta y cinco años. El adoptante ha de tener por lo menos quince años más que el adoptado.

Art. 174. Se prohíbe la adopción: 1.º A los eclesiásticos. 2.º A los que tengan descendientes legítimos o legitimados. 3.º Al tutor respecto a su pupilo, hasta que le hayan sido aprobadas definitivamente sus cuentas. 4.º Al cónyuge, sin consentimiento de su consorte. Los cónyuges pueden adoptar conjuntamente, y, fuera de este caso, nadie puede ser adoptado por más de una persona.

Art. 178. La adopción se verificará con autorización judicial, debiendo constar necesariamente el consentimiento del adoptado si es mayor de edad; si es menor, el de las personas que debieran darlo para su casamiento; y si está incapacitado, el de su tutor. Se oír sobre el asunto al Ministerio fiscal; y el Juez, previas las diligencias que estime necesarias, aprobará la adopción, si está ajustada a la ley y la cree conveniente el adoptado.

Art. 179. Aprobada la adopción por el Juez definitivamente, se otorgará escritura expresando en ella las condiciones con que se haya hecho, y se inscribirá en el Registro civil correspondiente.

Expuesto el concepto de la adopción según la Ley española, veamos ahora cómo es impedimento para el matrimonio.

Art. 84. Tampoco pueden contraer matrimonio entre sí... 5.º El padre o madre adoptante y el adoptado; éste y el cónyuge viudo de aquellos, y aquellos y el cónyuge viudo de éste. 6.º Los descendientes legítimos del adoptante con el adoptado, mientras subsista la adopción.

La adopción, pues, hecha con las debidas condiciones, constituye impedimento *dirimente* según nuestro Código Civil en relación con el Derecho Canónico: 1.º Entre el adop-

tante y el adoptado (paternidad legal); 2.º Entre el cónyuge viudo del adoptante y el adoptado, y entre el cónyuge viudo del adoptado y el adoptante (afinidad legal); 3.º Entre los descendientes legítimos del adoptante y el adoptado, mientras subsista la adopción (fraternidad legal).

El art. 85 dice que «el Gobierno, con justa causa, puede dispensar, a instancia de parte, varios de los impedimentos que se indican, y entre ellos, «los que se refieren a los descendientes del adoptante».

Esta dispensa de la autoridad civil nada vale en el orden eclesiástico. Noldin (De Sacramentis, n. 562, 4) dice tratando determinadamente del impedimento por cognación legal: «Nota impedimentum canonicum non auferri dispensatione civili, sed solum dispensatione S. Sedis». Se entiende fácilmente que sea así, porque por la dispensa no cesa la ley, y mientras ésta permanezca, existe, a una con el impedimento civil, el impedimento canónico, el cual no puede ser dispensado sino por la autoridad eclesiástica.

La adopción más frecuente debiera haber sido la de los expósitos, porque la convivencia de estos seres desgraciados, desde los primeros días de su vida, con matrimonios que los acogen por lo general desinteresadamente y con frecuencia por carecer de sucesión, crea lazos estables de afecto familiar, como lo puede comprobar quienquiera que sepa algo de Inclusas.

Y sin embargo han sido muy limitados los casos en los que se haya constituido un verdadero estado jurídico de adopción, aunque corrientemente llamen los expósitos a los que los prohijaron, con los dulces nombres de padre y madre. Ya indica la razón principal el preámbulo de la Ley que se acaba de promulgar: las dificultades procesales.

El Reglamento de 14 de Mayo de 1852, que trata del prohijamiento de los expósitos, en los artículos 22 al 26, distingue dos clases: prohijamiento sin adoptar, y prohijamiento adoptando con las formalidades legales. Para el primero se concedían amplias facultades a las Juntas provinciales de beneficencia, mas no para el segundo: para éste, cuando el adoptando era impúber, se necesitaba Real licencia.

Vino la Ley de Enjuiciamiento Civil, que empezó a regir el 1 de Abril de 1881. Deprimen el ánimo los trámites que se habían de seguir según los artículos 1825 a 1832 en los casos, como el presente, en que era necesaria licencia judicial para la adopción.

El procedimiento establecido posteriormente en el Código Civil, en el art. 178 arriba transcrito, es menos complicado pero no está exento de dificultades, las cuales se han tenido en cuenta en la reciente Ley, para hacer una excepción a favor de los acogidos en Casas de Expósitos y otros establecimientos de beneficencia.

Si siempre los RR. Sacerdotes debían conocer el impedimento de cognación legal; con mayor razón desde ahora, porque es de esperar se presenten con más frecuencia casos de este género.

(Del Bol. Ecco. de Vitoria).

SINTESIS DE PRIVILEGIOS QUE, EN CUANTO A ABSTINENCIA Y AYUNO, LA SANTA SEDE OTORGA A LOS MILITARES ESPAÑOLES

ADVERTENCIA.—Entiéndese por MILITAR todo aquel que MILITA o actúa bajo la jurisdicción de los Excmos. Sres. Ministros de los Ejércitos de tierra, mar y aire.

En campaña.—Todos los militares, cualquiera que sea su categoría y condición, están dispensados en absoluto de todo ayuno y abstinencia.

En guarnición.— 1. Quedan asimismo dispensados de toda ley de ayuno y abstinencia los soldados y las clases de primera y segunda categoría, estos es: cabos, sargentos, brigadas y suboficiales.

2. Los Generales, Jefes y Oficiales vendrán solamente obligados a guardar:

a) La ley del *ayuno* y *abstinencia* juntamente, el miércoles de Ceniza, los viernes de Cuaresma y el Sábado Santo hasta el mediodía.

b) La ley de solo *ayuno*, los demás sábados de Cuaresma y el lunes, martes, miércoles y jueves de Semana Santa.

Ahora bien, si los referidos Generales, Jefes y Oficiales toman la *Santa Bula*, además de las otras gracias a ella vinculadas, quedan dispensados de la *abstinencia* el miércoles de Ceniza; y del *ayuno* el lunes, martes y jueves Santos, y el sábado de Gloria hasta mediodía (1).

N. B.—Las familias de los militares participan del privilegio de éstos sólo en cuanto a la ley de la *ABSTINENCIA* y cuando coman de su misma mesa y en su compañía, aun en el caso que el militar se ausente, si su ausencia no excede de tres días.

(*Bol. Of. del Clero Castr., núm. 55, pág. 4.*)



(1) En la Diócesis de Málaga, además, en virtud del Decreto de Su Excia. Ryma. que se publica en este mismo número del BOL., p. 155, los referidos Generales, Jefes y Oficiales que tomen el Sumario de Cruzada e Indulto Cuadregesimal que corresponde a sus haberes, gozan también de la dispensa general contenida en el Decreto referido (N. de la D.).

CRONICA DIOCESANA

ACTIVIDADES RELIGIOSAS DE CARACTER EXTRAORDINARIO, EN MALAGA

Nos referimos a la V Asamblea Diocesana de Acción Católica y a la campaña misional. De ambos acontecimientos daremos cuenta minuciosa y completa en otro número de nuestro BOLETIN. Por hoy baste indicar, en cuanto a la Asamblea, que se celebró conforme al programa trazado, —del cual dimos nota en nuestro BOL. de 1941, p. 880— con gran concurrencia de asambleístas de uno y otro sexo; que fueron aprobadas interesantes conclusiones, muy prácticas; y que con esta ocasión se cursaron diversos telegramas a los organismos y autoridades superiores, quienes han contestado de igual forma en términos expresivos de congratulación y aprobación.

La campaña misional, cuyo primer resultado ha sido la gran procesión de penitencia celebrada cuando escribimos estas líneas, ha sido un periodo de intensa propaganda misional, iniciado con la Alocución del Rvmo. Prelado, y seguido de otras manifestaciones y modos de publicidad, como artículos de prensa, alocuciones por radio, exhortaciones desde los púlpitos y cátedras, carteles murales, hojas volanderas... todo, en fin, cuanto de alguna manera puede contribuir a preparar y animar al pueblo para que reciba dignamente las gracias singularísimas del Señor, que El se digna comunicar por el medio extraordinario de las Santas Misiones. Las esperanzas que las actividades, hasta ahora desarrolladas, nos hacen concebir, confiamos en el Señor han de ser superadas por la abundancia de los frutos que, con la gracia de Dios, se han de cosechar.

EL RVMO. METROPOLITANO DE GRANADA, EN MALAGA

De nuevo nos hemos visto honrados con la visita de nuestro venerado Metropolitano el Excmo. Sr. Arzobispo de Granada, que en la tarde del día 1.º de Febrero llegó en automóvil a nuestra Capital.

Nuestro Rvmo. Prelado le tenía preparadas habitaciones en uno de los pabellones del Seminario, lugar apacible y sosegado, donde el Rvmo. Sr. Arzobispo ha pasado unos días consagrado, en la quietud y el silencio, a sus trabajos y estudios. No obstante ser su visita, particular, le han cumplimentado en esos días el Excmo. Cabildo Catedral, las Autoridades y otros organismos. El día 20 regresó a Granada, complacido de su estancia entre nosotros, corta para lo que todos, singularmente nuestro Rvmo. Prelado, estimamos su presencia.

LA MUTUAL DEL CLERO

El 17 de Febrero, en el Salón del Instituto de Cultura Superior Religiosa, bajo la presidencia de nuestro Excelentísimo y Rvmo. Prelado, tuvo una conferencia para el Clero de la Capital y pueblos comarcanos, el Director Nacional de la Congregación de Presbíteros Naturales de Madrid, Don Vicente Mayor, conocido ya por otras visitas y conferencias a nuestra Diócesis.

Expuso las Bases de la *Mutual del Clero*, recientemente creada para los Sacerdotes de toda España.

Esta Mutual tiene por objeto atender a las necesidades del sacerdote, por medio de siete formas de socorros, siendo los cinco primeros obligatorios para todos los mutualistas y los dos siguientes voluntarios.

I. Socorros obligatorios:

a) *Socorros de hospitalidad*, que da derecho a las operaciones quirúrgicas y hospitalización para cura de enfermedades que la necesiten, ingreso en Sanatorios, Casas hospitalares, etc.

b) *Socorro de enfermedad*, que atiende al enfermo con 5, 7, o 15 pesetas diarias, según los casos, durante la enfermedad que imposibilite para celebrar Misa.

c) *Socorro de invalidez*, por el que se dan 10 pesetas diarias al sacerdote inválido.

d) *Socorro de enterramiento*, se abonan 300 pesetas al fallecimiento del socio y se le hace un funeral.

e) *Socorro de sufragios*, los mutualistas celebrarán una misa por cada socio que fallezca de la Diócesis.

Por todos estos socorros abonarán los mutualistas una cuota mensual de 10 pesetas.

II. Socorros voluntarios:

a) *Socorro de vejez*, que consistirá en el abono de 2.000 pesetas anuales, por lo menos, a la edad de 65 años.

Las cuotas de abono mensual son las siguientes:

Hasta los 30 años de edad, 14.40 ptas.; hasta los 40 años, 25 ptas.; hasta los 45 años, 37.50; hasta los 50 años, 43.75; hasta los 55 años, 50; y hasta los 60 años, 75 pesetas.

Dichas cuotas podrán ser rebajadas con el producto de un sello voluntario «Pro Sacerdote Desvalido».

b) *Socorros a los familiares del sacerdote fallecido*.— Se abonará al familiar que el sacerdote hubiere designado, una cantidad equivalente al 25 por ciento de las cuotas abonadas a esta sección. Y sólo tienen derecho los familiares del socio que pertenezca al socorro de vejez.

Cuotas de ingreso: para los socorros obligatorios, 50 pesetas de entrada, más 5 ptas. por cada mes transcurrido desde el 1 de julio de 1941 hasta el ingreso; y para los socorros voluntarios, 65 pesetas de entrada, más el 50 % de las cuotas que por edad corresponda abonar al suscriptor, a partir desde el 1 de abril de 1942 hasta el ingreso.

De estas cuotas de ingreso están exentos todos los que antes del 1 de abril del año actual pertenezcan a la Mutual, aunque sólo sea a los socorros obligatorios.

JUBILEO DE LAS XL HORAS durante el mes de Marzo

- Día 1.—Iglesia de Santa Clara
- » 5.—Iglesia de las Carmelitas (Limonar)
- » 8.—Asilo San Juan de Dios (Goleta)
- » 11.—Iglesia del Cister
- » 20.—Parroquia de San Juan
- » 25.—Iglesia de la Encarnación
- » 28.—Iglesia de las Capuchinas

NOTAS: Se expone a continuación de la Misa de las ocho. No debe reservarse antes de las seis y media.

NECROLOGIA

Sacerdote

El día 30^o del pasado mes de Enero falleció en Ubrique D. Antonio Reguera Carrasco, Cura Párroco dimisionario de Cortes de la Frontera. Sacerdote, el más anciano de la Diócesis, y el más antiguo en ordenación sacerdotal, había nacido en Ubrique, provincia de Cádiz y diócesis de Málaga, el 26 de Noviembre de 1850, y recibió la sagrada orden del Presbiterado el 17 de Diciembre de 1875. Cursó la carrera eclesiástica en el Seminario de Cádiz, de 1863 a 1875; y a partir de Enero de 1876 desempeñó en nuestra Diócesis los cargos siguientes: Coadjutor de San Pablo de Málaga, Capellán de San Juan de Dios, Cura en comisión de Cortes de la Frontera, Cura ecónomo del Socorro de Ronda, Ecónomo de Mijas y Fuengirola. En 1893, mediante concurso parroquial general, fué nombrado Cura Párroco de Cortes de la Frontera, y a poco Arcipreste de su distrito. En 1936 obtuvo la jubilación a petición propia, y, en el mes de Enero último, renunció definitivamente a su parroquia. Una vida larga y bien empleada en el servicio de Dios, dentro del ministerio sacerdotal.

R. I. P.

Su Excia. Rvma. concede las acostumbradas indulgencias.

CRONICA GENERAL

SOBRE EL XXV ANIVERSARIO DE LA CONSAGRACION EPISCOPAL DEL PAPA

Como en Roma viene actuando, para la organización de las fiestas jubilares, un Comité Central presidido por el Emmo. Cardenal Marchetti Selvaggiani, así en Madrid se ha constituido una Junta Nacional de honor y un Comité Nacional ejecutivo, bajo la presidencia: aquella, de los Sres. Cardenales y Arzobispos de España, y éste del Excmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas.

También en cada Diócesis se ha constituido una Junta coordinadora, que servirá de enlace con la Nacional; y la designada al efecto por nuestro Excmo. y Rvmo. Prelado para la Diócesis de Málaga, la forman todos y solos los miembros de la Junta Diocesana de A. C., cuyos nombres pueden verse en nuestro BOL. 1941, p. 236.

AUMENTO DE DOTACION AL CLERO CATEDRAL, COLEGIAL Y CONVENTUAL

El Gobierno Nacional aumentó desde 1.º de julio del año último en mil pesetas las dotaciones de todos los Sacerdotes que tienen algún cargo parroquial, los cuales constituyen la máxima parte, pero no la totalidad de los Sacerdotes que perciben dotación del Presupuesto de Culto y Clero; quedando sin percibirla los Canónigos, los Beneficiados de Catedrales y Colegiatas y los Capellanes de monjas, para los cuales también se ha encarecido, como para todos, notablemente la vida. El Excmo. y Rvmo. Señor Obispo de Salamanca entendió que su primera gestión como Primado electo de España, cerca del Gobierno, debía ser la de procurar que cesase esta desigualdad en los Presupuestos del presente año, tanto más cuando es tan exigua la dotación de los Beneficiados y Capellanes de monjas, que era hasta ahora de dos mil doscientas cincuenta pesetas anuales para los primeros, y mil trescientas para los segundos. A este fin acudió al Excmo. Señor Ministro de Justicia y directamente a Su Excelencia el Jefe del Estado, quienes, percatados de la justicia de la petición, al aprobar los Presupuestos para el presente año, han extendido el aumento de mil pesetas a todos los Sacerdotes que perciben dotación del Presupuesto de Culto y Clero, y que no habían tenido aumento alguno sobre su dotación del año 1951.

BIBLIOGRAFIA

"Mi Maestro", por el Rvdo. P. Hilario Orzanco, Misionero Paúl.—Editorial "La Milagrosa" García de Paredes, 45. Madrid.

He aquí una interesantísima obra, que no dudamos ha de ser muy del agrado de los fieles por su originalidad en la "Exposición Preparatoria" de cada Evangelio, comentado en forma de meditación, y por su variedad de conceptos, que dan margen al sacerdote para nuevas reflexiones, y a los maestros y catequistas para hacerse entender mejor de sus alumnos, teniendo muchas veces el grabado correspondiente y siempre el mapa de Palestina a la vista. Resulta una obra, por lo mismo, muy útil para toda clase de personas. Es el gran libro de lectura espiritual y de meditación para las familias que acostumbran leer el Evangelio de cada domingo, que ojalá fueran todas.

La obra, además, está muy bien presentada, con un gusto exquisito en su impresión y encuadernación, como hecha por la CASA ESPASA-CALPE, tan conocida y afamada en España.

(Precio, 16 pts. Rebaja, en dicha Editorial, 20 % a los Sacerdotes).

Estudios Eclesiásticos.

Vuelve de nuevo a la luz pública la antigua Revista "ESTUDIOS ECLESIASTICOS", que desde Julio de 1936 se vió forzada a interrumpir el curso de su publicación trimestral. Órgano de los centros de estudios superiores de teología y filosofía regentados por los Padres de la Compañía de Jesús, "ESTUDIOS ECLESIASTICOS" es preclaro exponente de la merítisima labor científica de sus competentes maestros. Aspira también a darnos cumplida información del movimiento científico de dentro y fuera de España, por lo que a las ciencias de su especialización se refiere.

Catecismo sobre el Sacramento del matrimonio, por el M. I. Sr. D. Práxedes Alonso, Canónigo de Zaragoza. 52 págs.; 0,25 ptas. ejemplar. Pedidos a Comisión Catequística, Plaza La Seo, Zaragoza.

APENDICE-CANCELLERIA EPISCOPAL

CIRCULARES

I. Colectas para las Misiones en la Capital

Además de la que se ha hecho el domingo 22 de Febrero, se tendrá en todas las iglesias de Málaga los días 1, 8, 19 y 22 de Marzo; destinadas todas ellas, por orden de Su Excia. Rvma., a ese fin, y su producto íntegro se entregará en la Administración de esta Curia.

II. Semana y Día Nacional del Sacrificio

La Junta Técnica Nacional de la Acción Católica Española, deseando intensificar la campaña emprendida pro Caridad, ha iniciado la laudable idea de celebrar en toda España la *Semana* y el *Día del Sacrificio*, designando para la primera los días 22 al 26 de Marzo, y para el segundo el día 27, Viernes de los Dolores de la Santísima Virgen.

Nuestro Excmo. y Rvmo. Prelado, acogiendo con todo cariño y entusiasmo esa iniciativa tan hermosa y tan en consonancia con los augustos deseos expresados por Su Santidad al otorgar las facultades extraordinarias sobre dispensa de ayunos y abstinencias, la trasmite y propone para su realización a la Junta Diocesana y Juntas Parroquiales de Acción Católica, con el encargo de que secunden las disposiciones y normas que recibieren de la Dirección Central.

En líneas generales, se prescriben durante la *Semana* actos religiosos y actos de mortificación, para ayuda espiritual y material de los necesitados; y en el *Día del Sacrificio*, Viernes de Dolores, Misas de comunión general y colectas de dinero, en especie (por medio de "vales") y de oraciones y sacrificios.

III. Gracias especialísimas otorgadas por la Santa Sede para nuestras Misiones

A la hora de cerrar el presente número del BOLETIN, Su Excia. Rvma. el Obispo mi Señor, ha recibido de Roma un cablegrama, anunciando que nuestro Santísimo Padre el Papa se ha dignado benigneamente acceder a las gracias y facultades extraordinarias solicitadas con motivo de las santas Misiones que se están celebrando en la ciudad de Málaga.

Tales son: 1.º Las indulgencias del Vía-Crucis para el que se ha de hacer el día 15 de Marzo por las calles de la ciudad, llevando procesionalmente una imagen de Jesús Crucificado.

2.º Bendición Papal, que Su Excia. Rvma. dará solemnemente al pueblo de Málaga a continuación de la solemnisima Misa Pontifical que, D. m., celebrará en nuestra Basílica el día de San José, en acción de gracias al Altísimo y para impetrar la conservación y aumento de los frutos de las Misiones. La Misa comenzará a las diez, y después de la Consagración—a eso de las once—por medio de un repique general de las campanas de la Catedral, secundado por las de todas las iglesias de la ciudad, se anunciará al pueblo la Bendición Papal, que tendrá lugar un cuarto de hora después.

3.º Facultades extraordinarias en orden a normalizar matrimonios canónicos y dispensar de impedimentos para su celebración.

Málaga, 25 de Febrero, 1942.

LIC. MANRIQUE MORENO, Canónigo,
Canciller-Secretario

INDICE-SUMARIO

SECCION OFICIAL.—DOCUMENTOS EPISCOPALES: *Carta Pastoral* sobre la Santa Misa, p. 87.—Esquema de la Pastoral, p. 154.—*Decretos*: Concediendo dispensa extraordinaria de ayuno y abstinencia, p. 135.—Concediendo facultades extraordinarias e indulgencias para las santas Misiones, p. 138.—*Circulares*: I. Sobre el Día del Papa, p. 141.—II. Disposiciones y mandatos para la Cuaresma, p. 142.—III. Sobre la imagen del Amor Misericordioso, p. 145.

CANCILLERÍA EPISCOPAL.—*Circular*: Sobre la Coronación canónica de Ntra. Señora de la Victoria, p. 145.—*Varios*: Nombramientos, p. 146.—Conferencias del Clero, p. 148.

ADMINISTRACIÓN DIOCESANA.—Delegación de la Sta. Cruzada: Aviso de interés, p. 150.

SECCION CANONICA.—DOCUMENTOS DE LA SANTA SEDE.—Acta Pontificia: Motu proprio; Convento; Letras Apost., p. 151.—Cartas; Alocuciones, p. 152.—Discurso; Mensaje radiofónico, p. 153.—De la Curia Romana.—*Supr. S. C. del Sto. Oficio*: Respuestas sobre el c. 1061, p. 153.—*S. C. Consist. y S. C. de Prop. Fide*: Provisión de iglesias, p. 154.—*S. C. de Ritos*: Causa de canonización, p. 154.—*S. C. de AA. Eccos. EE.*: Indulto sobre dispensa de abstinencia y ayuno, p. 154.—*Diario de la C. R.*, p. 155.—*Necrol. Ofic. del Episc. Catól.*, p. 156.

DOCUMENTOS DEL EPISCOPADO: Sobre los bailes modernos, p. 156.

JURISPRUDENCIA CIVIL.—*Jef. del E.*: Presupuestos para 1942, p. 160.—*M. de Educ. N.*: Junta del IV Centenario de S. Juan de la Cruz, p. 161.—*Junta N. de reconstr. de templos parroquiales*: Instrucciones para el funcionamiento de las Juntas diocesanas, p. 162.

SECCION HOMILETICA: Elevaciones Evangélicas, p. 164.

CULTURA ECLESIASTICA: La adopción como impedimento del matrimonio, p. 171.—Síntesis de los privilegios de los militares en orden a la abstinencia y el ayuno, p. 174.

CRONICA DIOCESANA: Actividades religiosas de carácter extraordinario, en Málaga, p. 176.—El Rvmo. Metropolitano de Granada, en Málaga, p. 176.—La Mutual del Clero, p. 177.—Jubileo de las XL Horas, p. 178.—Necrología, p. 179.

CRONICA GENERAL: Sobre el XXV aniversario de la Consagración Episcopal del Papa, p. 180.—Aumento de dotación al Clero catedral, colegial y conventual, p. 180.

BIBLIOGRAFIA: Mi Maestro; Revista de Estudios Eclesiásticos; Catecismo sobre el Sacramento del Matrimonio, p. 181.

APENDICE.—CANCILLERÍA EPISCOPAL.—*Circulares*: Colectas para las Misiones de la Capital, p. 182.—Semana y Día Nacional del Sacrificio, p. 182.—Gracias especialísimas otorgadas por la Santa Sede para nuestras Misiones, p. 185.